JUAN ANTONIO ZUBILLAGA

SÁTIRAS É IRONÍAS

(PÁGINAS DEL PERIODISMO)

MONTEVIDEO

SERRANO, Editor
RÍA "CERVANTES"
0—Calle Andes—1370
1913

SÁTIRAS É IRONÍAS

JUAN ANTONIO ZUBILLAGA

SÁTIRAS É IRONÍAS

(PÁGINAS DEL PERIODISMO)

MONTEVIDEO
JOSÉ Mª SERRANO, Editor
LIBRERÍA "CERVANTES"
1370—Calle Andes—1370
1913

Imp. "El Siglo Ilustrado", de G. V. Mariño, San José, 938

A Mariano de Vedia y Francisco Uriburu:

Doy á la publicidad solicitada por un impresor, algunos de los bocetos improvisados cotidianamente para completar aquella primera página redactada en tan honrosa compañía, en ese elevado exponente del espíritu y de la cultura argentinos, que en la prensa de Buenos Aires se llama "La Mañana".

Escritos junto á ustedes, en las últimas horas de la noche, y casi siempre después de "producir" ese artículo tan exigente como ingrato que constituye el "editorial", no son más que la impresión de la realidad conservada por la memoria de las observaciones del ambiente, en esa y en esta república, y se los dedico en recuerdo de aquellas inolvidables veladas de redacción en que tuve oportunidad de apreciar los talentos y las dotes morales que les distinguen.

La necesidad de acumular originales hasta completar un libro, me ha obligado á agregar otras

sátiras políticas publicadas anteriormente, como las tituladas "En el País de Aquellos"—que aparecieron en "La Razón", de Montevideo, cuando fuí director y redactor de ese diario—ó de fecha posterior, como "Museo de Maravillas", solicitadas, y escritas últimamente, para un número extraordinario de "El Telégrafo Marítimo", el diario más antiguo en los países del Plata.

Montevideo, Agosto de 1913.

JUAN ANTONIO ZUBILLAGA.

GENTE EXIMIA [1]

(1) De «La Mañana», de Buenos Aires, órgano del cual el Autor era subdirector en 1911-12.

GENTE EXIMIA.

Cuando se contempla detenidamente, el espectáculo que ofrece la sociedad, en sus núcleos políticos, literarios, artísticos, científicos, especulativos, ó mundanos—en su vida de la calle ó de salón—se ve que se destacan como relieves de la homogeneidad total y del nivel común, fisonomías morales, ó intelectuales, que, por lo que las singulariza, constituyen tipos atractivos de la mayor atención del observador.

Distintos de los que en otros continentes muestran las diferentes esferas de las sociedades más organizadas por la edad y la civilización acumulada, quedaron, como son, en la retina de quien les viera, y van á desfilar aquí reproducidos fielmente de la realidad.

UN ALMA ECUÁNIME.

Este afirma que el desarrollo del espíritu crítico que de antiguo se manifestara en todos los órdenes de la sociedad, ha progresado tanto en el país, que ha concluído por incorporar un despotismo nuevo en el ambiente político: el de la sátira eternamente escéptica ante los móviles de la conducta.

"Ya aquí no se permite ni el elogio, que puede ser apenas una forma de la justicia que todos debemos al prójimo, cualquiera sea su condición, dice, y los que como yo, agrega, se sienten capacitados por impulsos irresistibles, que son característicos de su idiosincrasia, para ejercer ese elevado ministerio moral con los semejantes, viven perpetuamente bajo el restallar de ese látigo invisible que se hace sentir en la reputación dejando como cicatrices la interpretación inconveniente de los propósitos, en todos los actos de la vida."

Y tal como lo asegura, así sucede: él, queriendo, como afirma, hacer justicia, aunque nadie se la pida, sólo por esa aptitud de que habla, y que le lleva á expresar á cada uno lo que sabe que más le va á agradar, cumple cotidianamente con el deber de elogiar cualquier cosa admirable—pues á él no le im-

porta que haya mucho ó poco motivo—que como fácilmente se comprende, tiene que haber con frecuencia en los que ocupan las posiciones más elevadas en el mundo oficial, y en cada uno de esos actos de la equidad suya, infaliblemente, están destinadas sus intenciones á verse interpretadas de la manera más desfavorable.

"Es evidente, exclama, no hay forma de interpretar justicia á gusto de todos, y si yo, en vez de pasarme la vida felicitando á los que me parece que lo merecen, me dedicara á reprobar á cada uno de los que no proceden en forma satisfactoria de lo que es mi ideal en la conducta de los otros, tengo la convicción de que tampoco me justificarían, y sería calificado arbitrario, intransigente y cruel con los desvalidos, porque sería apenas sencillamente natural que habiendo aparecido para mí, hasta ahora—y por casualidad, nada más que por casualidad —todo lo plausible, y todo lo atrayente de las lisonjas de la justicia mía, sólo entre los más poderosos, entre los que pueden recompensar mejor, lógicamente corresponderían mis más desfavorables fallos á aquellos que no han interesado, hasta ahora, la función justiciera que siento necesidad de ejercer en mi camino."

"Presidentes, ministros, altos dignatarios del estado, funcionarios superiores en todos los poderes, cuantas personalidades dirigentes se sucedieran en todos los órdenes de la administración, desde hace

muchos años, van mereciendo continuamente, con sus virtudes, con sus talentos y con su laboriosidad, el reconocimiento y la gratitud de todos los que, como miembros de la sociedad así beneficiada, participan de la utilidad y el honor de todas esas cosas; y cuando eso sucede y á todos alcanza el deber de agradecer el bien recibido: ¿podría permanecer indiferente, yo—yo que por esa necesidad de hacer justicia, con que he nacido, parezco mandado buscar para eso — y no corresponder al beneficio de que disfruto en la distribución del bien público que hacen todos los miembros superiores de cualquier gobierno, por una flaqueza indigna de mí, que me hiciera retroceder ante el temor de ser inculpado de adulación?''

''¿Quién podría sostener esto?''

Nadie.

EL DEL PRESENTIMIENTO.

El ha llegado á realizar la suprema aspiración de su juventud: interviene en la elaboración cotidiana de ese indispensable instrumento de gobierno que se llama la ley.

Sólo que como todos los que se entregan abnegadamente á esas tareas trascendentalísimas para la prosperidad nacional y la felicidad pública, son estadistas hasta donde se lo permite su inteligencia, su ilustración y su experiencia: él paga tributo á esa necesidad común á los que valen y á los que no sirven para legislar, y su acción no va más allá de lo que ve, de lo que sabe, y de lo que ha ensayado en el grado posible á sus facultades.

"Yo soñé esto que nos sucede al país y á mí, casi desde la infancia", explica siempre que se cree obligado á hacer historia de su vida pública, ante personas que supone ignorantes de lo que fué y es.

"A veces, en la niñez, hay presentimientos del destino", agrega, "y yo, desde las bancas de la escuela comprendía que había nacido para estar sentado: era evidentemente una tendencia innata que, pasados muchos años de alimentación, ejercicio y aire libre, debía en lejano día llevarme hasta don-

de es preciso estar para ser individuo del poder legislativo, y compartir con otros que valen tanto, menos, y más, la enorme responsabilidad de conducir los pueblos á su destino.''

''Así, pues, desde muy temprano, tuve la visión de la realidad de hoy, porque doquiera estuviese y cualesquiera fuesen las cosas, los sucesos, ó los hombres, que atrayeran mi atención, desde los tiempos más lejanos alcanzados por mis recuerdos, sentía algo que en todo hablaba lenguaje inteligible solamente para mí y me hacía entender lo que estaba destinado á ser: era como la voz de mis aptitudes, y el llamado de mi porvenir, que me decían, siéntate, y sé lo que tu destino y el de tu pueblo necesitan para cumplirse.''

Y como lo dice lo hace: por aquella tendencia que advertía, según él, desde los bancos de la escuela, y por la voz de las aptitudes que se reconocía, al empezar la vida, helo hoy ahí convencido, y convenciendo, de que efectivamente legisla como esperaba y tenía que hacerlo.

ANTICIPADO.

Ya lo están cansando con eso de la sencillez del estilo que continuamente le piden cuatro amigos incomprensivos, y no les va á hacer caso.

¡Valiente hazaña decir con sencillez!: lo que puede cualquiera que no tiene el sentido de la tergiversación genial de las ideas; obra peculiar de los espíritus simples, de cuantos no experimentan el vértigo de las complicaciones mentales.

Como lo anuncia sucederá, y no les hará caso, pues hay que permanecer á la altura de lo que se sabe que se vale, y el que, con lo que él lleva en el cerebro, no sea capaz de la virtud de esa resistencia á las influencias de los afectos, en vez de obstinarse en la producción intelectual debe desistir de todo y renunciar á la gloria.

Lo que es á él no lo llevan á la simplicidad de forma que caracteriza la obra de los mediocres, de los sabios, de los literatos del realismo y de la escuela naturalista; y no se dejará llevar porque transigir con los ambientes inferiores es obligarse á competir con los que no permanecerán en la memoria pública más allá de la vida de sus generaciones: sería el caso del águila que se eleva en su

vuelo mirando al Sol, foco de la más intensa luz, sin pestañear, y que en una jaula junto al suelo, se ve aventajada y humillada por cualquier ave de corral que para volar no siente rompérsele las alas en su prisión.

Por eso seguirá cultivando su estilo retorcido, entrelazado de sutilezas que él entiende, de habilidades que muchos no ven y á él dejan satisfecho, y cada vez más convencido de que hace obra extraordinaria.

Y hagan otros eso de la naturalidad en el decir: quienes aunque ahora se vean celebrados, sabe él que siempre serán los que no pueden comprender su obra de complejidad psíquica, tejida laboriosamente; su obra destinada á la inteligencia del hombre del porvenir, la que dura siglos y va á la posteridad.

¡Si pudiera vivir entonces, cuando no queden nombres de los que hoy tienen apenas la gloria de una sociedad atrasada algunas centurias á él!

PERGAMINO.

¡Lo que conservan las tradiciones! ¿Qué abuela no sabe para la instrucción del nieto, el origen modesto del personaje de hoy, y la prosapia ilustre del mendigo actual?

¡Y cuánta indiscreción!

¿Quién calla lo que, contra los distintos aspectos de los trajes, degrada al uno y ennoblece al otro? ¿Cuál es el poseedor del secreto de la verdad infamante, ó dignificadora, que no le entrega á la curiosidad ambiente para la maledicencia que mancha, ó la celebración que ilustra?

Por eso hay sonrisas en los labios, y maliciosa inteligencia en las miradas de aquel buen vecindario, cuando Pergamino, que tiene fortuna y viste caro, afirma que por herencia de sangre ultramarina, y más antigua residencia allí, él y los de él son la aristocracia en la sociedad de la capital de uno de los países del continente inferior del último hemisferio descubierto y civilizado.

Y en vano, de cuando en cuando, algún compadecido se da el trabajo de explicarle que en las naciones, ó ciudades, de origen plebeyo, donde no hay nobleza, ni antigüedad, para que se sucedan

generaciones aristocráticas de esa laya, únicamente la decencia, la ilustración, el talento, ó las comodidades y refinamientos de la opulencia alcanzada con honradez, eso, y nada más que eso, es lo que en la realidad establece la distinción de clases entre las gentes; y que infatuarse porque los antepasados fueran de los primeros humildes desconocidos que la miseria, ó la avidez—nadie vino en viaje de placer á colonizar la América—arrojara en las playas dónde, más tarde, el tiempo y la población harían ciudades, apenas puede significar un elocuente síntoma de muy compasible inferioridad intelectual.

Todo es inútil, pues él—raquítico, atraserado, cuelli-erguido y pasicorto—perdura convencido de que es superior á los demás, y se cree más fuerte, inteligente, noble, elegante, y cualquier cosa, que los otros, por la mágica virtud de aquellos azules globulillos que él supone en su sangre, y de los cuales, aunque no ha podido verles ni una vez, le hablan siempre los viejos papeles que colecciona y enseña, complacido, como los títulos que garanten su diferencia con los demás mortales.

¡Suerte, para él, que en su constitución mental lleva la aptitud para las satisfacciones que en su vida hacen la dicha!

UN ELEMENTO AVANZADO.

Este afirma que es, en la especie, hombre superior, y en el país, mejor que sus connacionales.

Dice que quiere redimir al género humano; predica ideas que llama de progreso y lee en los libros de los que las concibieran; se viste estrafalariamente; adopta actitudes, maneras, gestos; usa melena, habla, perora; con cualquier pretexto dice que cree que tiene dignidad y que necesita defender su honor; procura discutir con las personas que valen, para que se le suponga igual; duele á los que trata; y siempre sorprende y vive así: de eso y por eso.

Tiene sus horas de acción á su manera, y sus días de gloriola *sui géneris:* cuando hay manifestaciones populacheras de protesta ó simpatía por cualquier cosa.

Entonces parece el genio del tumulto: trepa á un banco de la plaza pública, ó sobre una mesa en cualquier calle, y con aquellos ademanes que él se sabe, y aquella gesticulación del rostro, que adquiriera en su aprendizaje de los grandes agitadores; relampagueante la mirada, fruncido el entrecejo, en síntesis, cómo cree que está mejor: arenga, exhorta,

implora, amenaza, y casi ladra; señala al cielo, apunta á la tierra, se torna hacia los cuatro vientos cardinales, se hiergue sobre las puntas de los pies, se agacha hasta quedar en cuclillas, y profiere de todo... hasta que, á su vez, la autoridad interviene, le hace callar, le baja del banco, de la silla, ó de la mesa, y le lleva, mientras él, según le parece más conveniente, adopta el aprendido aspecto de iluminado, y entre un golpe á un guardián del orden público, y una caricia—que se la figura estética—á su melena, grita con voz estentórea: ¡Abajo la fuerza bruta y arriba los derechos! ¡Muera la tiranía y viva la libertad!

Después, en los días siguientes, lee toda la descripción de la hazaña en la crónica policial de algún diario, y se contempla en una página de cualquier semanario ilustrado.

Así cree en su existencia significativa é importante, se supone admirado, y cuando sale de la cárcel va más extraordinario por la vía pública, y mira orgullosa y despreciativamente á los transeuntes.

Pasado algún tiempo, otro día se repite todo esto.

INCOMPRENDIDO.

Parece fatal, en ciertos hombres, la incongruencia entre los propósitos y la apariencia de los actos.

Este afirma que no ha hecho otra cosa en toda su vida, más que amar la libertad, y dice que posee la convicción de haberla practicado siempre; pero sabe que no ha tenido la suerte de que se la reconociera en su conducta.

Dice:

"Desde que me sucedió la desgracia de padecer la seducción de la vida pública, y la política me arrebató al estudio en que pasaba mi vida por amor á la ciencia, no he hecho más que proceder con libertad y ser acusado de incondicionalismo; ejercer la independencia que me es posible por la altivez de mi carácter, y oir infaliblemente la censura de mi desvergüenza".

"¡Qué manera de entender la sinceridad que yo sé que tengo!"

"¡Y si fuera uno, ó apenas los adversarios!; pero son todos, indistintamente: igual los que están enfrente que los que están en las mismas filas y á mi lado."

"Nunca se ha visto tanta inocencia peor juzgada."

"¿Se trataba de elecciones de diputados, por ejemplo, y yo, en uso de la mayor libertad que me agrada ejercer, visitaba á los más influyentes gubernistas, por lo que me pudiera interesar, y celebraba algunas conferencias con los caudillos oficiales, de quienes dependía el triunfo? Pues bien: se desconocía mi independencia y así que resultaba electo por mi perseverancia, se me clasificaba entre los de inferior nivel moral."

"¿Era, á su turno, la ocasión de elegir presidente de la república, y yo, consecuente con la consulta espontánea de la voluntad soberana de mi fuero íntimo, agregaba mi voto á los del candidato que reunía mayores probabilidades? Era irremediable: no se veía en mi conducta nada de lo que yo aseguraba que era su móvil, y quedaba incluído entre los que merecían el peor concepto."

"¿Se discutía en la cámara cualquier asunto que estaba amparado por el favor del ejecutivo, y yo, con mi manera de ser imparcial, me adelantaba como siempre—en esto nunca me aventajó nadie—á dar mi voto cómo lo necesitaba quien apadrinara el asunto? Lo mismo: era objeto de la peor interpretación mi manera de ser libre en ese como en los demás casos."

"Y todavía, ahora mismo, estoy padeciendo la incomprensión de mi talla moral en todo lo que ejecuto sólo cómo se me antoja: porque serví, al que pasó, en igual forma que á otros, y ahora pre-

tendo favorecer con mi adhesión, si me dejan, á la nueva situación, empiezo á ver nuevamente repetida la equivocación de todos los que me hacen objeto de su atención y de sus juicios, y ya estoy sintiendo en el ambiente—como cada vez que procedo con toda la independencia de que, yo que me conozco, sé que soy capaz—frases y actitudes despectivas que parecen ir proclamando por donde voy, que evidentemente en mí se reconoce otro que el que yo quisiera ver aceptado.''

Y la verdad es que después de oirle, no hay por qué poner en duda que procede con conciencia, cada vez que al proponerse ser independiente como sabe serlo, coinciden sus actos con los que promueve otra voluntad.

UN GENIO.

A éste le están dejando sin entender el mérito literario, y eso que, naturalmente, parece injusticia á su conciencia, no lo lamenta por él, que, como todos los pocos hombres que existen verdaderamente perfectos, no tiene vanidad, sino por el país, destinado á padecer en su prestigio intelectual cuando él produzca la obra que se le está haciendo en la cabeza, y la cual, al imponer universalmente su genio, va á revelar que sus compatriotas fueron incapaces de comprenderle.

Pero, ¿qué se va á hacer?

Siempre fueron inevitables estas diferencias de niveles entre los superhombres y los demás habitantes de sus países: Homero, Dante, y mil, y diez mil, que se pudieran citar en todas las naciones y en todos los tiempos, lo demuestran.

"¿Puede, acaso, ofrecerse ejemplo de hombre más grande y menos comprendido que Jesús?" dice á ratos, "y sin embargo, era menos que yo porque dondequiera que mirara veía la incredulidad en todos, menos en trece pescadores, al fin y al cabo gente de mar que nunca son dadas á especulaciones intelectuales, mientras que yo con menos edad y

con menos tiempo de propaganda, ya tengo más de dos docenas de personas de estudio que me creen, y hablan y distribuyen su fe en mí, por esos mundos de Dios."

"Además: á Cristo lo maltrataron de muchas maneras que todavía no me han hecho conocer á mí y llegó á ser redentor eterno de la humanidad de todas las razas y todos los idiomas; en tanto que yo que no digo que soy Dios, y no pretendo redimir más que á las letras de mi Patria, sólo aspiro á que se reconozca el hombre superior que soy, y se me proclame el primero entre los de esa especie."

"Pero, ya llegará mi obra, y ella será mi triunfo, y la derrota de los que no me pudieron ver."

Puede ser.

CATAVIENTOS.

Grande, pesado, fuerte, y sin aliño, nada acusa en él agilidad para evoluciones, ni aptitudes para flexibilidades dorsales, y, sin embargo, todos saben que sólo por aquellas cualidades se le llamara, á veces, maestro de ceremonias.

Sobre el escenario de la vida política del país, chocan los intereses más incompatibles, y se alternan en el predominio; se suceden las situaciones más antagónicas y pasan las tempestades, á veces llevándose todo, sistemas y hombres; pero eso es poco para derribarle, pues no afecta su estabilidad en el ambiente, y siempre, después que todo cambia, él queda en el lugar de los sucesos, como una giraldilla sobre un poste, volviéndose infaliblemente hacia donde lo empuja el viento nuevo, y continúa funcionando con él como lo hacía cuando soplaba de otra parte.

No hay ejemplo de que haya sido tomado desprevenido: es algo así como un sujeto que llevara continuamente su paraguas, convencido de que atraviesa climas donde puede lloverle de un momento á otro.

No hay preguntas lisonjeras, dudas insidiosas, ni

cargos despiadados, que tengan eficacia para herirle el amor propio y hacerle dejar en descubierto una sinceridad comprometedora: hay que confesar que nadie recuerda haberle conocido una indiscreción perjudicial.

En cualquier tiempo, en todos los sitios, suceda lo que tenía previsto, ó lo inesperado: es la verdad constante, notoria, indestructible, que en los momentos de peligro para todos sus compañeros; cuando ninguno de los que pertenecen á una situación puede estar seguro; mismo en la hora en que algo como una guadaña pasa sobre una colectividad arrebatando la existencia política á cuantos llevaran más alto las cabezas, él se escurre entre los obstáculos que el adversario interpone á su paso para obstruir el camino de su salvación, é, invariablemente, surge de entre los acontecimientos que subvirtieran el orden á que él pertenecía, y con asombro de todos, vuelve á flotar después de las catástrofes, como un corcho en el agua después de los naufragios.

Y, siempre exteriorizada en el rostro la satisfacción que le anima, con la más plácida de las sonrisas, acaso por la fe en su destino, él pasa llevado por sus aprobaciones á todo lo que triunfa, con rumbo directo á sus conveniencias, país de su dicha, en el cual, dícese, tiene elevado un templo al éxito, dios de su culto.

Y al són que le tocan baila.

LIBERATO.

Padece la incapacidad intelectual y moral que inhabilita para la comprensión y el sentimiento del liberalismo; pero se llama liberal porque se cree todo lo que eso significa para él: cuestión de fe.

Y cuando se juzga en la oportunidad de aparecer como quiere, y supone admirable, da escape á su exaltación, y proclama su aversión al sentimiento religioso, y muestra su intolerancia del derecho de poseerlo que asiste á cualquiera.

¡La clerecía!: he ahí el motivo de sus excesos en cuanto á apreciaciones morales, y aunque no lo hace por convicciones, como se lo figura, pues para ello sería menester que las tuviera, hay que confesar que lo hace por consecuencia con su conducta, con aquella conducta adoptada cuando empieza en la vida la edad en que el hombre anhela distinguirse, casi allá en los días en que dejó de ser niño por los años.

Su historia cuenta que al principio fué por haber imaginado que se pensaría bien de su inteligencia si aparentaba impiedad, y que alentado en sus primeros ensayos por el azoramiento que causaba á otros como él, experimentó complacencia por

esos éxitos de fácil obtención—cosas de muchachos—perseveró en el procedimiento, y con la edad se le agravó eso hasta volvérsele costumbre: como se sabe, de menos empiezan peores psicopatías.

Desde entonces, quedó predestinado á ingresar en los círculos de entes similares, y fué sucesivamente, sin interrupción ni término, miembro de innumerables asociaciones de crónicos en lo que él, é individuo conspicuo en centros demagógicos, de las mayores conglomeraciones del espíritu sectario.

Así vive convencido de que ejerce un apostolado, se atribuye misión muy trascendente, y mientras con los que le acompañan á considerar formal su influencia, inferior la sociedad, y posible su dirección de las almas, entona el coro en que se definen "defensores de la libertad de conciencia", organiza con cuantos son como se precisa para eso, manifestaciones contra la iglesia, pide legislaciones contra las doctrinas religiosas, y maquina perpetuamente agravios al clero, en nombre de la civilización que él entiende, y de la justicia de que son capaces los que se hallan en su estado.

Y—crueldad inconmovible de la naturaleza propia y condición inevitable de los fracasos—mientras este arrebatado invocador del progreso, que quiere que se le tenga por liberal, perdura como cualquier fanático, activo contra adversarios, sin perdonar algo, y sin tolerar nada: la sociedad continúa su vida serenamente, sin extraviarse de la senda na-

tural de su destino, y sin perder la noción de las ideas y los sentimientos que hacen su sentido moral, legado en herencia de generación en generación, y evolutivo al través de los siglos, en perenne infinita ascensión.

¡Habráse visto injusticia igual!

¿Entonces, para qué predican él y sus iguales, las ideas y los sentimientos que les parecen mejores?

¡Humanidad desagradecida!

UN NECESARIO.

Allá lejos, en la soledad de los abruptos campos de su país, salió — como una sabandija por una grieta, — de abajo de unos terrones amontonados en forma de rancho, y desde donde, durante toda su silvestre infancia, trotaba y galopaba cada día hasta el almacén del pueblecillo cercano, para adquirir apenas lo más necesario á la frugalidad espartana con que el azar, á veces, impone heroicas costumbres fisiológicas.

Después, ya mozo, el coronel, ó el general, más útil al gobierno por su prestigio en aquella región, le obligó á integrar "las fuerzas del orden y la legalidad" contra una revolución, y así, detrás del otro, entre marchas y sustos, se quedó con la primera divisa que le impusieron, y perteneció á un partido.

Lo demás fué rápido, y lo hicieron el tiempo y la confianza en su fidelidad: le enseñaron á firmar y fué teniente alcalde, presidente de un club, y comisario; más adelante aprendió á leer, y fué miembro de la junta, juez de paz, y delegado de los que le conocían, á una convención del partido oficial; después, un día le dijeron que era necesario

que guardara silencio ante los desconocidos, y salió suplente de diputado; y finalmente, le cambiaron el aspecto, hasta donde era posible hacerlo con un traje, y fué designado legislador.

Entonces, cómo era y para lo qué venía, llegó á la capital, donde cree que está en el ejercicio de su cometido.

Dice que nunca ha podido dominar la emoción que experimenta cada vez que tiene que penetrar al recinto legislativo, y lo hace en puntas de pies, casi subrepticiamente, pues siempre piensa que hay mucha luz y quisiera que no se advirtiese su presencia.

En seguida, apenas sentado, y antes de que se calmen las palpitaciones de su corazón, siente la necesidad de mirar atentamente á cualquiera que habla, aunque no entienda, y escucha á la palabra como á un ruido, hasta que se va serenando y se descongestiona.

"No sé por qué—explica—pero es una sensación de estupor que me recuerda la que sentí una vez que penetré á la iglesia con el sombrero puesto: es algo parecida á un sacrilegio".

"En el teatro, donde me pertenece una localidad grande, para llevar á los que hacen balotar mi diputación allá donde dejé los antecedentes, cuando visitan la ciudad, siento menos timidez, pues si es cierto que me molestan las miradas que llegan de los palcos y la platea—á pesar de que vienen, inva-

riablemente, de semblantes risueños, — me atrevo con la cazuela, y sólo al salir, al salir entreverado con la sociedad que se retira, aunque voy vestido á buen precio y sé que soy diputado, siento deseos, casi irresistibles, de ofrecerme para abrir las portezuelas de los coches''.

''No sé por qué''.

UN LETRADO.

Había vivido luchando de manera análoga, pero menos gloriosa, que los que lo hacen en los circos: apenas una vida de esfuerzo muscular para cargar y descargar vehículos y transportar bultos.

Consecuencia de ello: en su cuerpo á cualquier traje le estallaban las costuras, pues aunque lo adoptara holgado, día llegaba en que un movimiento imprevisto para un sastre y hasta para un fisiólogo, le dividía y subdividía la tela.

Pero, bien se ha dicho que no hay robustez que resista á la desgracia, pues eso en este se confirmó desde una vez que, durante la huelga, cayó en la tentación de leer algo que veía leer á otros y llamaban ideas nuevas.

Fué el efecto del precipicio: aquello le causó vértigo y cayó en la lectura como en un abismo, del cual no ha salido ni en restos, porque, como es natural, no puede hallar fondo.

Y así, en esa caída, que ha sido su único viaje, va con ceño adusto, no sabe hacia dónde, pero convencido de que es de los pocos iniciados en el misterio de mañana, y creyéndose cotidianamente en vísperas de la inversión del orden actual.

No precisa más para su conformidad en la vida; pero, aquello que por el vehículo de las letras se le introdujera en el espíritu como una infección en la sangre, le hace el efecto de una fiebre, y acometido desde entonces de una locuacidad nueva, que no usaba antes, en los días de su vida muscular, cuando el equilibrio de su normalidad le tenía á cubierto de cerebraciones dificultosas, pasa las horas explicando á cualquiera, lo que aprendió y le dejara asombrado, siempre como convencido de que su oyente ignora, siempre como quien enseña.

Y con todo el culto de su fe en aquellas ideas que oyera llamar nuevas, y son las únicas que tiene leídas, y su suposición de que sean superiores á las que son otras y él ignora, continúa en la desconfianza de cuanto no se les relaciona, y compadece á los que en cualquier cosa que no sean ellas, son sabios.

Por eso es malo leer tarde, y sin empezar á aprender por el principio: se puede padecer de la letra todo el resto de la vida.

———

TÁCITO.

A veces, la más pueril de las indiscreciones infantiles parece una crueldad, por la tortura que ocasiona, y en ciertas circunstancias las preguntas de la inocencia de un niño son como el interrogatorio de un tribunal.

Tácito, que es buen padre de familia y sabe que el hogar ofrece dichas inefables, y grandes sinsabores, ha experimentado frecuentemente aquel tormento, y la última vez así:

"¿Por qué no hablas nunca, papá, en la cámara, donde parece que todos están para eso, según, en la escuela, nos lo ha explicado el maestro?", preguntábale, días pasados, uno de sus hijos.

"Ante todo", respondió exasperado como si las palabras que acababa de oir, se las hubiera dirigido un adversario, "has de saber que en la vida, nadie está autorizado para hacer todas las preguntas que pueda formular la curiosidad, pues yo, que sé algo más que vos, te aseguro que no hay sabio capaz de responder satisfactoriamente á todas; y después, te diré que yo no uso de la palabra en el parlamento porque con eso pasa lo que con el matrimonio ó con la guerra: que hay que meditarlo mucho antes de hacerlo".

"Un parlamento es una cosa muy sagrada, pues en todas partes, por las leyes, tiene que ser algo así como el alma de la nación, desde que deben formar parte de él, únicamente los que por su inteligencia y su moral, sean fieles exponentes de las ideas y de los sentimientos de la sociedad que representan para constituir su poder legislativo".

"Por eso no se puede hablar sin meditarlo largo tiempo, y, aunque parezca imposible, yo, al cabo de tantos años que llevo reflexionándolo, apenas he llegado á tener atrevimiento para sentir dos tentaciones de hacerlo, y me lo ha impedido la timidez experimentada, ante algo así como un aviso de la conciencia que me ha parecido sentir llegar en esos momentos, diciéndome, "no lo hagas", y anunciándome una catástrofe, como dicen que sucede á los animales que presienten los terremotos".

"La primera fué una vez que oí hablar á otro que se sienta junto á mí, y que había estado callado casi tanto tiempo como yo, y el cual sobrevivió á la rápida hazaña—pues fué para una interrupción, que no le oyeron y pasó inadvertida—y la segunda, un día que alguien que tenía la palabra me aludió mortificantemente, y sentí deseos de confundirle con una réplica eficaz como algunos suelen hacerlas, pero, me congestioné de indignación, temí una apoplejía, y solamente conseguí toser para desahogarme".

"Pero, ya hablaré, pues de las tres cosas que he

dicho que deben meditarse mucho, llevo realizadas dos: ya llegaré también á la tribuna, como al matrimonio y á la guerra, por mis pies''.

Y así sucederá si puede ser como lo dice.

UN PROTESTANTE.

Hablaba en una esquina, frente á uno de los establecimientos clausurados por la protesta contra la reglamentación del descanso dominical, y dialogaba ante una puerta cerrada.

Rojo de greñas, carrilludo, cejas peludas, y mirada vaga: evidentemente ese había burlado todas las precauciones legisladas para el descanso y la abstención alcohólica.

Y al hombre, que era de temperamento nervioso, se le había multiplicado la gesticulación, y sintiéndose con algo espiritual que pugnaba por escapársele, se desahogaba exteriorizando el efecto de los despachos de bebidas cerrados, y hacía el comentario elocuente del suceso del día.

Al través del desaliño de las ropas, ofrecía el aspecto triunfal del que sabe que ha ganado una batalla, y aseguraba á cuantos por allí pasaban y le querían oir, que él sabía que las leyes eran hechas para ser respetadas, y que estaba abusando de la palabra, solamente porque la ley del descanso dominical no lo prohibía.

"Es la primera vez,—decía dirigiéndose al postigo corrido de la casa de comercio,—es la prime-

ra vez que se da con la puerta en las narices del pueblo soberano; por eso es que causan gran disgusto á todos cuantos se sienten buenos cristianos toda la semana, y más el domingo, tanto la ley del descanso como la forma de protestarla: porque impiden aplacar la sed como lo manda la caridad de la santa madre iglesia.''

Y golpeando con los nudillos de la mano, sobre la puerta cerrada, como dirigiéndose á alguien que le oyera desde el interior, agregaba con fuertes voces: ''Dad de beber al sediento!''

Pero, aunque como el tal dijera, en la ley del descanso no estaba comprendida la del silencio, esta vez, como otras, sucedió lo que con otros apostolados tan espontáneamente adoptados y generosamente ejercidos, y confirmándose nuevamente aquello de que ya han pasado las épocas de los redentores: la intervención de ese modesto delegado de la autoridad que hay dentro del uniforme de un agente de la policía—sin invocar la ley, pero acordándose del orden — puso término irremediable al ejercicio del derecho en que creía estar aquel enérgico protestante.

Y al ver cómo se alejaba dando traspiés entre la fuerza pública que le conducía—pues, como es sabido, en el camino de la vida se tropieza mucho sobre cualquier pavimento—y contemplar la ingrata indiferencia con que se retiraran cuantos apenas un momento antes la festejaban, se comprendía cómo

era justa la observación de Quevedo al afirmar "que las glorias de este mundo llaman con luz para pagar con humo".

UN SENTADO.

Algunos ocupan la banca respectiva para tomar la palabra: éste la ocupa para tomar asiento. Pero ya verán cuando hable: ¡qué voz!

Desde chico era robusto: un día dió una coz que casi produce un entierro, á un infeliz compañero que le explicaba algo que él no podía entender y le enfadaba; y fué toda una elocuente revelación de facultades que con el tiempo y la nutrición se desarrollaron hasta dejarle así como es y se le ve en cualquier parte: facultado para una lucha y con más fe en la fuerza que Bismarck.

Y es grave lo que hace éste; desde que cree que eso que él es, es ser legislador, se conserva sin estornudar: en la calle por creer que su solemnidad no soportaría el desagraciado aspecto de un diputado que estornuda, y en el salón de sesiones para que no se vaya á tomar aquel síntoma de resfrío como una expresión afirmativa en algún asunto antioficial y le lesione la confianza en su docilidad que le hizo lo que es en la vida pública, y acaso le haga más todavía.

Si él quiere expresar afirmación, ó negación: bien sabe que—y para qué—tiene con qué hacerlo.

"Sí": y levanta todo lo que es, sobre dos de sus extremidades.

"No": y no despega del asiento los alrededores de su centro de gravedad.

Pero, cuenta la fama que le está poniendo aureola, que á través de la sólida musculatura que le envuelve la osamenta como una coraza, se filtra, á veces, la mortificación de una ironía recogida al pasar junto á algún irreverente para las obras más durables de la naturaleza animada, y llega hasta el recóndito albergue del alma que cabe en el único espacio que aún está destinado á lo espiritual en su macizo organismo de carne y hueso.

Y dicen que cuando, así como es, siente, sin embargo, que le alcanza el veneno de los disgustos, estalla su ira y al mascullar la incomprensible voz de sus excitadas energías, deja en los provocadores la convicción de que han cometido una imprudencia, pues comprenden, por la elocuencia fisiológica de su aspecto, que acaban de correr el riesgo de ser machacados, como un bocado de forraje entre los molares de un rumiante.

EL ESCLAVO DE SU CONDICION.

Nació para eso: en él nunca fué necesario el esfuerzo para descender hasta donde lo impusiera la obtención de algún beneficio, ante cualquiera que pudiese acordar favores.

Era su aptitud innata y espontánea; necesitaba continuamente pasar del servicio de un amo al de otro que diera más, y se trasladaba como podía, y, aunque fuera llevando la huella de algún pie que le pasara por encima, él llegaba, levantando, desde su nivel, la mano abierta, ante la mirada humanitaria de los que sabía buenos, para retirarla siempre complacido.

Método de sirviente, es cierto, pero secreto inicial de su sueño de grandeza, y origen del éxito definitivo que, aunque ligero, él esperaba con fe en su suerte, y que, al fin, un día llegó, al través de los años.

Había dicho tantas veces señor, tantas se llamara amigo agradecido, expresara fe en los ideales de los que le ayudaban, y se incluyera entre los que le igualaran la condición haciéndole compañero en las mismas causas por que luchaban, que confiados y generosos como siempre: cuando á todos les pidió

auxilio colectivo, como antes lo había hecho á cada uno, tendieron fraternalmente los brazos, y le alzaron hasta ellos para que fuese tanto como cualquiera de los que le habían dado su protección y su cariño.

Fué allí que se repitió la historia de otras ascensiones: las realizadas por otros individuos de la escala zoológica, que, yendo siempre disimuladamente por el suelo, un día se les ve donde necesitan mirar hacia abajo para ver á los que van, de pie, llevando la frente alta.

Y ya no llamó á nadie amigos, ni compañeros de causa, ni reconoció iguales, ni tuvo consecuencia: ya ninguno podía serle útil, y le era fácil pretextar razones para librarse de cuánto es deber para la dignidad humana.

Así, conducido por la ingratitud, llegó á la traición, que á pesar de las riquezas y los honores le ha devuelto á la inferioridad de su condición original.

PINGÜE.

Otra incongruencia del aspecto con las funciones y las aptitudes.

Grande, ventripotente y congestivo, parece hecho para entonelar alcoholes, pero es legislador.

En los días que por eso tiene que ocupar su asiento para poder decir después que asiste á las sesiones, cuando tras largos esfuerzos fatigantes, consigue colocarse donde le está deparado en el tradicional augusto recinto de las leyes, comienza á respirar para todos, porque aquel acto fisiológico tiene en sus bronquios y en su pecho, el ruido y el movimiento del fuelle de una fragua cuando sopla.

Y pasado un rato, normalizada la respiración y serenado el semblante, pregunta, infaliblemente, á sus colegas y vecinos, como si el que en ese momento ocupa la atención de la cámara con su palabra, lo hiciera en idioma desconocido, qué asunto se está tratando de modo tan fastidioso.

En vano el interpelado, á veces, apenas interpretando estricta justicia, y por fuerza de las circunstancias, le informa de cuál y cuánta es la importancia del tema en debate, y de todo el interés de las consideraciones del orador al respecto: él siempre tiene un gesto de duda para todo eso y le dedica un bostezo de indiscutible aburrimiento.

En seguida inclina, lentamente, la cabeza, como si lo hiciera cediendo al peso de su frente, y con la vista fija hacia delante, y levantada como si mirara por encima de los lentes—que no usa—queda, poco á poco, tranquilo, no acusando su presencia en aquel sitio más que el intermitente crujido que, por el rítmico alentar de su organismo, deja oir la silla en que descansa, cual si abrumada por toda la gravedad que la oprime, no pudiera contener el quejido de sus maderas momentos antes de deshacerse en astillas: duerme.

Aplausos, imprecaciones, risas, y hasta silbidos, explosiones características de esas tempestades que levanta en los parlamentos, la palabra expresiva de ideas y sentimientos diferentes, como el chirrido y las nubecillas de vapor que se desprenden de la fragua donde el metal fundido recibe la forma de su utilidad: todo ha sido poco, á veces, para despertarle, y ha pasado sobre su sueño, como las detonaciones de una tormenta, ó una batalla, sobre un muerto, sin conseguir perturbar la paz de su reposo.

Y cuando todo ha concluído, y ya no es posible que allí quede alguien, él alivia el sitial en que descansa, y sintiendo la mortificación del transporte de toda su adiposidad: por la puerta del palacio donde pasan uno á uno sus colegas, él sale voluminoso como un grupo, maldiciendo de los sacrificios que impone la remuneración que percibe de la patria por legislar.

BIEN ENVUELTO.

Cuentan que bajo la férula de la necesidad y de la voluntad paterna, allá en los días lejanos de su niñez ocupó mucho tiempo la banqueta encorada del artesano remendón: fué lejos de la capital que le vería político, dónde adquirió la virtud del trabajo que le dió mesa, techo, y, pasado algún tiempo, un título para ser ejercido en otro plano de la sociedad, y que, desde entonces, acompaña su nombre, y es su mérito más distintivo.

De la vida de allá abajo, en el subsuelo social donde tuvo origen é iniciara sus actividades en la modesta forma que queda mencionada, sólo ha conservado un ademán delator en sus brazos, que, á veces, perjudica su oratoria privándola de su elocuencia en los mejores momentos: cuando después de esfuerzos, visiblemente angustiosos, para expresar una idea, logra terminar un párrafo y cerrar un período, lleva sus puños junto al pecho, y en un movimiento repentino, inconscientemente, todavía se abren como cuando cosían el cuero sobre la horma sujeta con el tirapié.

El gesto, incongruente siempre con el sentido de su verba laboriosa, á menudo no halla en los cir-

cunstantes la discreción necesaria para no pagar tributo á la hilaridad, que extremada, á veces, ha interrumpido definitivamente el discurso al orador, y esto tiene disgustado al hombre, que no ve la educación que deseara para recibir su palabra.

En compensación usa modas, pues tiene aprendido, en las enseñanzas de la vida, que, como siempre, el traje también da dignidad entre las mayorías de ciertos ambientes de la sociedad moderna, y falto de personalidad propia, é incapaz de substraerse al medio, siente la necesidad de adaptarse á la más fácil originalidad ajena, que es la que más ve porque en todas partes abundan gentes que la poseen así.

Y aunque también esta faz de su transformación no ha tenido éxito, y ha inspirado una frase de la eterna sátira al mal gusto, él vive abroquelado en ella como en el último reducto de su fortaleza contra los que no pueden igualarle el sastre, y es feliz dondequiera que puede hacer triunfar su ropa.

Basta para su consuelo, la convicción que le anima de que sea él lo que sea, siempre es algo bien envuelto.

EVOLUTIVO.

No ha leído á Spencer, pero hubiera podido servir al filósofo para comprobar en una forma más, que indudablemente no previó, la gran teoría de la evolución que más que todos ilustró.

Como él dice, esa aptitud ha de venir desde muy lejos en sus antepasados, y él la ha de haber traído al nacer, junto con el hábito de no explicar la razón de sus cambios.

Según afirma, seriamente, y lo demuestra con la conducta que le es característica, está hecho como se necesita para no hallar dificultad en los cambios más radicales de su posición política, siempre que ello convenga á sus intereses, pues sostiene que la satisfacción de éstos no está reñida con los deberes del hombre público, lo que nadie le contraría mientras no agrega que ese es su único objeto.

De ahí el procedimiento que le distingue y le muestra, desde largos tiempos, de manera que todavía asombra á algunos, arranca críticas á muchos, y hace sonreir al resto, que son los más.

Pero, conste que si lo dejan explicarse, tiene razón, pues, según lo declara decididamente, no se puede tener toda la inteligencia que él tiene, y per-

manecer aferrado mucho tiempo á las mismas ideas; porque—como él, con la sinceridad que se atribuye, lo proclama — es algo definitivamente averiguado que las cosas cambian, y no se las puede ver todos los años del mismo modo.

"Sería preciso, despojarse del talento que se tiene —se le oye, á veces—para aceptar con el criterio del día antes las cosas que son viejas al siguiente", y todos saben que es verdad, que en ocasiones, él ha llamado inadmisibles ante la razón, el patriotismo, y la dignidad, á los ideales que hacía rato eran para él, motivo de la oferta de todos los sacrificios de que se dicen capaces, ciertos ciudadanos, en análogas circunstancias.

Han de ser estos, casos de rapidísimo envejecimiento de las creencias, porque si así no fuese él no las sustituiría tan radicalmente como lo hace, mediante su aptitud evolutiva.

¿Qué puede, pues, haber de extraño en sus cambios operados infaliblemente, de una situación á otra de las que se suceden con los hombres que se reemplazan en el poder?

Nada, como él exclama, y por eso, solamente, aunque sirvió, por la misma razón que á otros antes, al régimen pasado, procura cooperar, cómo y en lo que se le diga que es conveniente, en el de ahora, aprestándose mientras tanto para hacer lo mismo, si lo dejan, con el que venga: efecto de la evolución, que es el tributo que paga, según él, á su superioridad mental.

PEDESTRE.

Hay preferencias que parecen atavismos, como las de esos espectadores de las gradas, que en los teatros y en los circos, así que se impacientan ó entusiasman, como si les descendieran los sentimientos á los calcáneos para salir por debajo de la suela de los zapatos, en vez de usar de la facultad de la palabra que distingue al hombre entre los demás seres animados, se valen de los pies para expresar sus ideas y sus emociones.

Este no puede remediar esa costumbre, y cuando desde la butaca que ocupa, el interés del episodio dramático que contempla, ó la sugestión de la música que escucha llegan á emocionarle, nada tendría poder para dominar sus nervios, según explica, y contra las súplicas de los amigos, las demostraciones de desagrado y hasta de protesta en los demás espectadores, por el perjuicio del efecto artístico de la obra que se interpreta: él siente que lo que recoge por la vista ó el oído, para su entendimiento ó su sensibilidad, apenas le convence ó le conmueve, va desde los ojos, ó los oídos, recorriéndole el cuerpo hasta los pies, que, cual si en ellos se condensara toda la corriente que le domina, como en los ex-

tremos de un mecanismo para eso, golpean aceleradamente el suelo con más ruido que el redoble de un tambor.

Las increpaciones de los más irascibles molestados, las risas de los circunstantes que no pueden disimular su hilaridad, y hasta la intervención de los agentes del orden público, ha sido, es y seguirá siendo poco, siempre, para modificarle y hacerle adoptar otros medios de expansión y descarga de su sér emotivo.

¿Por qué no hace con las manos eso que se llama aplauso?, le preguntaba cierta noche alguien que padecía su vecindad en un concierto con música de cámara, y hasta el cual había llegado el prójimo, como siempre, con sus elementos demostrativos dispuestos á responder fielmente á las sensaciones que experimentara.

Por dos motivos, respondió; primero porque no lo sabrían hacer: confieso que descuidé su educación en esas habilidades; y segundo, porque opino que se debe dejar libertad á la naturaleza para sus manifestaciones, y puedo asegurarle que en la mía es una tendencia innata la de expresarse con los pies.

Y no habló más: como en ese momento le entusiasmara un fragmento de la música que oía, repentinamente perteneció á la costumbre que le dominaba, su interlocutor le vió agitarse con vigor en su asiento, y antes de que pudiera salir de su

asombro, resonó en la sala el estruendo de los pies con que el sujeto expresaba sus convicciones, seguido de lo siseos, gritos, risas é insultos que infaliblemente provocaba.

La tempestad de siempre.

UN ARRAIGADO.

No sabe con precisión cómo fué, pero sabe que está, y eso le basta para lo esencial, que es cobrar por ello.

¿Que otros lo hacen con más derecho, porque lucharon para venir, y se muestran dignos de estar donde llegaron? De eso él no es responsable porque no es de él la culpa si no pudo evitar que lo trajesen.

Y en cuanto á la crítica que con frecuencia padece porque desde el asiento donde se siente cómodo mensualmente, no haya nunca dejado oir su palabra legislativa, la juzga injusta porque no teniendo él la responsabilidad de lo que le han hecho, no admite obligaciones iguales á las que naturalmente corresponden á los que están allí por haber hecho todo lo necesario, y más, para ello.

El, no sólo no hizo algo para hallarse en compañía de tanta entidad representativa, sino que se resistió á dejarse conducir hasta aquella matriz de las leyes malas ó buenas que padece ó disfruta el país.

Pero como no pudo evitar el triunfo de la voluntad popular que quería el suyo, no está dispuesto á complacer la mala intención de los que repiten

cotidianamente en diarios ó verbalmente, en todos los centros de reunión, que allí está mal y que debe retirarse; eso no, y desde que le colocaron en su sitio, ha sabido conducirse como es debido en buena sociedad, pero, decidido á no salir de allí sino como otro colega suyo que sabe que hubo en un país de por ahí, y que afirmó cierta vez que no abandonaría su puesto si no lo obligaban con la punta y el filo de las bayonetas.

Además: ¿no es lo justo, lo legal, lo democrático, ir á parar en eso de hacedor de leyes, por la voluntad soberana de los demás? Y si es así, ¿quién puede con más, ó sólo tanto derecho como él, decir que está donde está, por la decisión ajena?

Por eso dice que no se irá, y no se va.

Acaso vuelva.

BIJOU.

Por lo que algunos hombres son, física, moral é intelectulmente, hay responsabilidades que alcanzan á toda la familia.

Es el caso de Bijou: nacido, como es necesario, para no ser algo por sí, apenas es lo que de él han hecho, é inocente de esa obra ajena, no tiene ni la menor culpa en su confección.

Desde que llegó al mundo, fué recibido por las más exageradas alabanzas, siendo ellas la iniciación de las que habían de sucederse en todas las edades de su vida.

Ese día, el elogio no hallaba igualadas por las de otra criatura, su belleza y su robustez; pasados algunos años, y negado por la naturaleza el vigor atribuído, se le halló bello todavía, y, además, fenómeno de superioridad intelectual; cuando en la escuela se exceptuó sobre él y los que con él eran vulgo estudiantil, un zapatero, se recordó que tenía apellido tan distinguido como la presencia, y que por ello le quedaría bien un título facultativo; así que se vió tan doctor como otros, y tan capaz como ellos de demostrar hasta dónde mereciera el grado, se le halló destinado, por la ciencia y los talentos

necesarios para eso, á la más brillante y provechosa carrera; entonces se pensó que era buena iniciación de ella, un matrimonio de conveniencias, que, entendidas éstas de doble manera por los que le cuidaban el destino, le alcanzó, de una vez, la fortuna y el favor oficial: desde entonces, con esas ventajas, por la primera hizo vida opulenta, y por la segunda, ocupó altos cargos.

Y al través de los años, después del goce de cuánto conquistaran siempre otros para él, hoy se le halla en la vida, como en aquel lejano día en que la empezó: incapaz de algo por sí, pero constantemente halagado por la lisonja, fiel compañera de toda su existencia, á la que está acostumbrado, pero, á la cual, á veces, recibe con intranquilidad, porque hay algo como la voz de las cosas y los hechos verdaderos, que le habla allá en la más recóndita intimidad de su conciencia, y le dice, en ciertas horas de introspección y sinceridad humanas, que no es de él todo aquello que las motiva, y son los elogios de una obra ajena los elogios del triunfo suyo.

COMODIN.

Pocos escepticismos tan justificados como el que á éste inspiran el talento y la instrucción de las gentes: no los cree necesarios para algo bueno.

No tiene una reverencia, nunca una amabilidad, jamás un homenaje, para las personalidades intelectuales más celebradas, para los grandes triunfos científicos, literarios ó artísticos.

Todo cuanto implica un merecimiento moral le deja indiferente si no se le consulta, y si se le toma opinión, apenas le dedica una sonrisa de glacial menosprecio, que evidentemente acusa muy profunda convicción.

Y, fuera de toda duda, sobrados son los motivos que le asisten para ello.

El lee despacio, pues no está demostrado que sea indispensable hacerlo con rapidez; escribe, sin someterse á tiranías ortográficas, pues no las toleraría su amor á la libertad; suma, resta y multiplica: no alcanza á dividir, porque siente antipatía por la índole disolvente de esa operación, aparte de que en cuestiones aritméticas no quiere elevarse á cálculos superiores.

Estos, y algunas relaciones con caudillos electo-

rales, á los cuales debe varios de sus éxitos, son todos sus conocimientos, y sólo con ellos, que forman el bagaje de su capital político, ha sido tanto como los ciudadanos más eminentes de su país.

"Médicos, abogados, ingenieros, literatos, oradores, todos cuantos logran más reputación y por ello lo pasan más mortificados que yo, ¿en qué se diferencian de mí?: en los títulos, en lo que saben, y en lo que valen".

"Pero en los resultados prácticos de las actividades, en la consecución de los beneficios, que es lo que importa y aprovecha en la vida: en eso los menos me igualan, y los más, apenas se me aproximan".

Y, efectivamente, es así.

¿Qué hizo para ello?

"Ser útil", como él dice, "sólo prestarse para servir á la causa de las instituciones, ofrecerse para ocupar vacantes de actividad política, y desempeñar tareas cívicas en jornadas electorales".

"¿Puede ser culpable por haber aceptado todo aquello con que se le recompensa? Seguramente que nadie sería capaz de afirmar que debió rechazar las demostraciones de los agradecimientos que motivara".

Entretanto, helo ahí prosiguiendo su marcha triunfal, como un astro en su órbita, acaso á mitad de su carrera, pues, como es sabido, las funciones representativas de los pueblos, en el poder legisla-

tivo del estado, se ejercen á nivel lejano del de las más altas cumbres de la orografía política.

¿Quién podría afirmar que no continuará su ascensión? ¿No posee acaso para ello el medio más eficaz, en la facultad de acomodarse?

Pues continuará justificando ese título que le sigue como una estela y queda tras de sí, como un símbolo de su gloria, en su camino: comodín.

UN AUTOR.

Cansado de oir afirmar á los suyos que no servía para nada, desde que lo expulsaron de la escuela casi sabiendo leer, pasó aquella adolescencia, desconceptuada hasta entre sus amigos, holgando mucho y aprendiendo poco... bueno.

Data de entonces su frecuentación del teatro, y sus amistades con gentes de la escena; y desde esa fecha, silbando tangos y adoptando aspectos de protagonistas del género criollo, le han crecido la afición y el pelo, hasta dejarle convertido en lo que él llama un autor y tiene apariencias de algo menos.

Lo recuerda siempre con escalofrío: fué proponiéndose resultar más admirable que con la reluciente melena y el aire melancólico, á cierta damisela de entretelones, que no lograba conmover con todo aquello, que incurrió en la tentación de hacer una pieza para el teatro, como las hicieron otros con lo mismo que él tenía para poder emplear en eso: voluntad y tinta, papel y pluma.

Y tiene aquella fecha la primera vez que no fué comprendido, porque el director de la compañía al cual leyó el manuscrito de lo que había hecho y llamaba su primera obra, resultó, después de la

lectura, de nivel intelectual muy inferior al que el autor creía necesario para comprender todo el mérito que había puesto sin esfuerzo—según ya advertía á los oyentes—en aquel trabajo improvisado, pues le declaró terminantemente que aquello era impresentable.

Sin embargo, como Chenier, él aseguraba que sentía algo debajo de la cabellera pacientemente peinada—lo que bien podía ser verdad—y decidió, acaso por aquello de que el que no manda en nadie, todavía puede mandar en sí mismo, insistir en la extracción de lo que suponía en su cerebro, y se dió á la costumbre de la producción intencionada para el teatro pero, siempre, infaliblemente, destinada tras de las respectivas lecturas, á las intimidades de su archivo, hasta hacérsele aquello un vicio, como todos, conducente á perjudiciales consecuencias.

¿Cuántas veces reincidió de esa manera, en el propósito de que se le considerara autor dramático? No es posible determinarlo, aunque se sepa con seguridad que fueron tantas cuantas se negara el artista oyente á tomarle por otro, y declararle lo que pretendía con tanta decisión como poco motivo.

Entonces, tomó otro rumbo, y en vez de las lecturas al director, cultivó la amistad con todos los elementos de las compañías más modestas, obsequió á los influyentes, fué inseparable de los que podían decidir la admisión de una obra, y así, tras largo y porfiado empeño, pasados múltiples disgustos, y

no escasos sacrificios, un día, al través de los años, pudo leer su nombre en un cartel de la calle, que anunciaba el estreno de una obra de la cual se le llamaba autor; y fué esta la centésima vez que se vió incomprendido: sólo que en lugar de serlo por un oyente, como hasta entonces, lo fué por todos los que llenaban un teatro.

Después de aquella tempestad cuyos rigores todavía le silban en los oídos, la experiencia le hizo adquirir ventajas en los procedimientos, y á favor de hábiles alianzas con quienes hacen la crítica en el periodismo, fué suprimiendo las intolerancias, consiguiendo complacencias, recibiendo elogios, hasta verse incluído entre los que conquistaran autoridad, y hacerse pasar por uno de ellos.

Y hoy: hoy con la cabellera más larga, llamativo el traje, amanerado el gesto, se traslada por la ciudad, admirando en los cristales la elegancia que él se ve, suponiéndose atendido por todos los transeuntes, creyendo ser el que soñó; pero con la cabeza tan vacía como al iniciarse allá en la adolescencia; sin otra cultura que la que entonces tenía; no capaz de algo más que antes, y feliz cada vez que ve su nombre en los carteles, tan claramente impreso como el de los que valen.

CONFESO Y APROVECHADO.

No ignora la opinión que se tiene de él; pero sabe que la merece.

Por eso, si es verdad que ni cuando está en su domicilio siente la intención de protestar por ella, también lo es que tiene aprendido en muchos exámenes concienzudos del fenómeno, que no le pertenece la responsabilidad de él.

Como dice muchas veces á sí mismo: ¿qué culpa tiene de ser como es?, ¿acaso él se hizo? Ni siquiera sus autores tuvieron que ver en eso: son descuidos de la naturaleza que, como desde viejos tiempos se conoce, no puede hacer perfectas todas sus obras.

De eso provino que él naciera así, y esté como es, donde legisle, digiera, ó haga cualquier otra cosa, pues, según lleva repetido cuando le obliga la indiscreción ajena, en tratándose de "materia prima" cada cual es para siempre de lo que le hicieron, y á ninguno es dado cambiar su estofa.

¿Por qué, entonces, tienen algunos desconsiderados, la pretensión de que él haga lo que sólo sería posible con otra alma que la suya? ¿No saben que no se puede cambiar lo que cada sér trae para

sentir y pensar en todo el viaje de la existencia? ¿O creen que á él no le producen disgustos las consecuencias de esa deficiencia que padece? Tanto ó más que á otros, ser manco, jorobado ó cojo, y bien saben todos que él—que no es un espíritu retrógrado—si hubiera podido cambiar una sola vez lo que tanto le molesta, lo hubiera hecho como lo hace diariamente con sus ropas interiores y exteriores.

Pero, aparte de todo esto: ¿acaso alguna vez él ha estorbado á los otros la libertad de tener mejores ideas?

Y así, siempre: confesando su condición, y haciendo el alegato de su inocencia; bajo el peso de su timidez, pero con el anhelo de la justicia en lo que cree que ella puede favorecerle; en cualquier hora y en cualquier sitio, es presa de la necesidad de explicar lo que le falta y lo que le sobra; por qué no le corresponde la causa de ello; hasta dónde es su defecto y cómo tuvo que aceptarlo.

Pero, aunque demuestra que se conoce, y se juzga, y en poco se absuelve y en mucho se condena: permanece, sin necesidad, donde sabe que no puede hacerlo sin comprobar lo que le desprestigia, y se considera compensado con la retribución y la autoridad del cargo que inviste.

¡Cuántos así, nacidos con la aptitud de esa felicidad!

SOLEMNE VACIO.

Alto, voluminoso, adusto, avanza con lentitud y va como los santos en las procesiones: deteniéndose de trecho en trecho, cual si en él una majestad esperara la veneración de los fieles de su iglesia.

Por eso doquiera se le ve, parece que lo pasean por su parroquia, y deja la impresión de que se halla desempeñando papel principal en alguna ceremonia.

Pero, eso no es más que su manera natural de ser, y si la observación penetra y llega al interior del armazón que da el aspecto: más allá de las apariencias, como del otro lado del palacio pintado en una decoración de teatro, no se halla más que el hueco, vacío de todo cuanto no es necesario para que cumpla su destino.

A veces, circunstancias inevitables en la vida pública á que fuera llevado—acaso precisamente por la condición distintiva de su idiosincrasia, pues los que con ella nacen la traen como un rótulo explicativo de su destino, para que no se les dé otro uso—le hacen ofrecer á él mismo la oportunidad de que se le haga la psicología reveladora de su sér interior, y entonces aunque comprende que no puede

resistir á esa contabilidad de su haber espiritual, se sobrepone á la angustia de esos momentos, y se aparta de esas preocupaciones que pudieran perturbar la serenidad impertérrita con que sigue su camino.

Ha sido en tareas de magna y trascendente legislación para pueblos que la tienen merecida, dónde más frecuentemente tuviera necesidad de dejar ver el forro intelectual de esa frente dilatada bajo el cabello bien peinado que él ostenta, á veces, inclinada, como la de otros por el peso de los pensamientos que contienen.

Y allí, todo, desde el "pido la palabra", hasta el "he dicho", preparativos, ademán y gestos, tiene en él la expresión del anuncio y la promesa de las grandes cosas, parece como que se refirieran á lo más grave de la vida, á lo último y superior en toda cuestión, á lo que encierra toda la ciencia y la suma sabiduría humanas.

Sólo que cuando ha callado, siempre, invariablemente, todos piensan de él lo mismo, y se dicen y repiten los unos á los otros: ¡y sin embargo, parecía que iba á opinar algo!

INTRANQUILO.

Si tuviera que presentar una razón para explicar su conducta, ó se le exigiera una justificación de su actitud, le sería muy difícil saldar su cuenta con la opinión; pero sabe que nadie se propone perturbar su tranquilidad con el examen de su pasado, y es feliz.

De cuando en cuando, algo como un anticipo sobre las precauciones que espera le imponga el porvenir, le hace dar explicaciones sin que se le pidan, y entonces, expone su actitud á su manera, y siempre tiene razón.

Pero, siente que su perseverancia no interviene en el criterio público; que se le sabe reo, y que está juzgado definitiva, inapelablemente.

La razón, la moral, el derecho, la justicia, la patria, hasta la familia, invoca como móviles de su acción, con el propósito de que se le justifique lo que ha hecho y él sabe cómo es; y cada vez que sus labios articulan aquellos vocablos expresivos de otros tantos conceptos respetables, sólo consigue advertir indiferencia ó incredulidad.

Entonces se interrumpe, vuelve á la silenciosa prudencia que le conviene, y queda usufructuando

el puesto desde el cual sabe que puede desafiar la reprobación que siente bajo la indiferencia de los que le escuchan, porque sabe que es impotente el desprecio de todos, para moverle de dónde está puesto por la aptitud que es la mancha de su nombre.

Y queda en su sitio que mereció como pudo.

SUFICIENTE.

Yo puedo; yo hago; si quiero soy el primero; sé más que cualquiera; hablo y escribo mejor que todos; soy fuerte; soy espiritual; enamoro á todas las mujeres que deseo; en fin: Dios hizo el mundo y, aunque no solo porque la verdad es que hay otros, yo estoy en él para triunfar, en todo y siempre.

Eso, ó todo lo que vale tanto, ó tan poco, es, en síntesis, cuanto, á cualquier hora, ó en cualquier sitio, expresa en sus gestos, ademanes, palabra, aire, trajes, mirada, y hasta silencio, el ente que hoy recordamos.

¿Qué hizo para motivarlo?

Nació, lo nutrieron y creció; fué á la escuela donde entre el maestro y los libros le igualaron á algunos; de allí pasó á las facultades superiores, de donde salió tan doctor como otros; en seguida ofreció su nombre titulado al mejor postor político, hasta que le conocieron las aptitudes y uno le tomó á su servicio; y de entonces data su vida pública, constantemente dirigida al éxito, y en todas sus orientaciones siempre limitada por la satisfacción del último apetito; sin un miraje que levante la frente

con el anhelo de una ascensión dignificante; sin una mira alta de esas que arrancan de las sombras del suelo hasta á los gusanos, haciéndoles encaminarse hacia la luz.

Y en el aula, como en la tribuna, en la prensa, en el salón, ó en el paseo, él siempre, para él, es el primero, y nacido incapaz para la percepción de las diferencias de las tallas y la desigualdad de los vínculos, vive feliz con su convicción, sin preguntarse nunca por qué es otra la opinión de todos á su respecto, ni qué habrá distinto de él en los que sin pensarlo ni procurarlo, reciben de todos ese precioso dón de la fe, y del respeto que él no halla, más que allá en la obscuridad ignota de su fuero interno.

Por eso no advierte nunca sus derrotas, y en cualquier empresa, cualquiera sea la opinión que deje tras de sí, siempre sale satisfecho con el logro de lo que se propusiera — según costumbre: poco y cerca—como algo solo posible para las facultades y esfuerzos excepcionales de los hombres superiores.

Así continúa, para su dicha, pudiendo decir como si fuera realidad: soy, puedo, hago, valgo, sé, triunfo, más que los otros y por encima de todos.

Feliz él.

ÉL ERA UN SER SUPERIOR.

Cuando pequeño, después de un sarampión, quedó distraído y reticente.

Como con la edad crecieron él y eso, al dejar la escuela, terminada la adolescencia, fué incapaz de comprender quién era, pero quedó convencido de su igualdad con cualquiera persona de mérito.

Entonces, no pudiendo ver otras diferencias entre las gentes, distinguió aspectos, y prefirió uno: formó melena con el cabello que tendía y apelmazaba sobre los huesos del cráneo; arrugó la frente para parecer reflexivo; adoptó el más extravagante abandono en el traje; tuvo gestos de desprecio al oir los elogios de otros; sonrió irónicamente ante todos los éxitos; negó á los que triunfaban; y se llamó incomprendido.

Pero cuando más satisfecho estaba de la traza y la conducta imitadas—que eran su única obra—ocurrióle el hallazgo de la decepción, que, como de antiguo es sabido, en el camino de la vida sale al encuentro de las ilusiones para amargar las mejores horas.

Fué una noche, en la cual, al retirarse disgustado de donde la ovación sancionaba el triunfo de al-

guien cuyas facultades habían recibido su fallo negativo y su irónica sonrisa, advirtiera que como sus adopciones intelectuales derrotadas, su catadura era objeto de la observación desconfiada de los agentes de policía, y al divisársele á lo lejos, entre el ambiente nocturno, ahullaban los perros y erizaban la cola los gatos.

Entonces, en medio de su tribulación, como al mágico conjuro de la suerte adversa, sintió llegar á su memoria, claro, fatídico, y sin una sola letra menos, el párrafo aquel de la réplica de un contrincante en los días de su fe en sí mismo:

"¿Y si á pesar del pelo largo, del traje sucio, y de las afectaciones maniáticas, no fuera más que un mancebete con la jeta mocosa pegada sobre la página de los libros, para deletrear las ideas de los hombres, llamar á ellas su ciencia, creer suyo el talento de ellos, sentirse satisfecho y quedarse grave?"

Y eso fué el fin del tipo, y el principio de un sér normal.

EL DE LA DEBILIDAD.

Todos los días recuerda el origen de su fortuna, pero no llama al hecho con el nombre de lo que fué, y le dice "su debilidad".

Ya en la infancia, la familia había advertido en él grandes facilidades para hallar la solución de los más difíciles problemas; con el mayor desprecio por las reglas establecidas, revelaba audacias extraordinarias, tentativas inesperadas, que aunque acusaban una incomodidad ante el orden regular admitido para la realización de lo que se proponía, y dejaban ver una tendencia á violar la ley reconocida por todos, eran siempre, indiscutiblemente, procedimientos expeditivos.

Creció, y con la dilatación del cuerpo coincidió la de su conciencia, y así cuando fué hombre, sin conocer el freno moral de los escrúpulos que experimentan los que sienten la necesidad de hacer de la conducta una consecuencia del deber, continuó usando para la solución de los problemas de la vida, los métodos que aplicaba para resolver los de la escuela.

Pero, la sociedad tiene autoridades que, aunque no falte quienes les nieguen legitimidad, no las ha-

llen respetables, y hasta se propongan burlarlas, logrando, á veces, escapar á su alcance, son efectivas, cumplen un cometido en la comunidad, y á su vez, en ocasiones consiguen defraudar propósitos incompatibles con los intereses para cuya custodia están organizadas, y malogran los planes fraguados por la aptitud necesaria para proponerse transgredir las leyes.

Y esa institución de las sociedades constituídas en organismos por el derecho, fué la que, no obstante el perfeccionamiento de las habilidades que desde la primera edad de la vida, revelara para apartarse en la consecución de lo que deseaba, de los procedimientos rectos empleados por los demás, y lograr su objeto por recursos insospechados, casi le perturba la digestión de una de esas obras de su industria personal.

Aquello fué extraordinario: después de haberle salido siempre bien, todo cuanto se propusiera contra lo que debía ser, durante largos años de vida difícil, pero cotidianamente triunfal, á su manera, una vez, en solo un día, casi le fracasa el sistema, y se le viene encima responsabilidad bastante para hacerle arrepentir de todo lo que había hecho con arreglo á él.

Máxima actividad de su perspicacia, prodigiosa multiplicación de su diligencia, influencias, caridad, intervinieron á tiempo para salvarle de la acción legal que le alcanzaba; pero en la contienda lle-

vaba jugado el nombre, y lo perdió, pues aunque de la prueba salió administrativamente absuelto, no escapó á la sanción moral, que es la pena de la conciencia pública.

Y él lo sabe, porque lo siente, y por eso, en medio á la fastuosidad conseguida en aquella forma, en todas partes se halla intranquilo, está en sociedad como ante jueces, y lee constantemente, en las miradas, en las reticencias, y hasta en el silencio, algo que le acusa y le dice: delincuente.

Así vive mortificado y lamenta su "debilidad".

IDEMISTA.

Llegó, como otros, por la influencia de quien pudiera extraerle á la superficie sin necesitar, para sus propósitos, malgastar atención en averiguarle las aptitudes.

Pero, él, se vió, naturalmente, en la precisión de ser lo que podía, y resultó sólo como se le conoce.

Todavía está por dejar oir su primer discurso, pero dotado con la sincera modestia que casi siempre acompaña y es el mejor adorno del mérito efectivo, no padece el hombre impaciencias por la gloria, y hasta ahora todo demuestra que no está apurado por recoger ese primer aplauso que él sabe que le espera para cuando revele sus dotes oratorias.

El ha oído á gentes que leyeron—pues parece que hay seres curiosos capaces de hacerlo — hablar de recuerdos clásicos, demostrativos de tanta prudente continencia verbal como la suya, para mejor adquirir en el estudio y en la lucha contra los defectos, la perfección de la palabra y el dominio de la elocuencia que más tarde diera gloria inmortal á quienes lo hicieran: "hasta de uno que se ensayaba

ante el mar, para vencer el ruido de las olas y adquirir el hábito de la oratoria frente á todos los tumultos, le han contado algunos que le supusieran con candidez para admitir semejantes patrañas'', como él dice.

Sus procedimientos son personales, distintos, y de ellos se promete que, cuando menos, sean tan eficaces para alcanzarle el éxito que desea, como cualesquiera de los que hayan valido á otros famas imperecederas de eminentísimos tribunos.

Por ahora, mientras no se decida á triunfar, solamente oye, calla, y contra el refrán no otorga, pues nunca ha tributado un aplauso á sus colegas más celebrados por su elocuencia, y cuando alguien dominando á un auditorio con maravilloso arte en su palabra, recoge la expresión del mayor entusiasmo en una multitud, él permanece impasible en medio á la ovación, porque nunca halla á nadie que alcance en la oratoria el grado á que él aspira, y que realice el tipo satisfactorio del ideal que él ha concebido y se promete realizar.

A esa actitud él la llama conciencia: orgullo la han considerado algunos, y los más, mucho menos que eso; pero no está hecho él para modificar la conducta que le aconsejara su criterio, por opiniones ajenas, y sigue preparándose en la prudencia del silencio para ser aquello que él ha visto como en un sueño, y, en tanto envejece, pasa su vida parlamentaria, como aquellos doctores que aprobaban

todo sin dar nunca razón de su voto, y al través de numerosos años sólo se recuerda haberle oído decir "ídem" después del último que hablara en cualquier debate.

De ahí su apelativo.

UN DESATENDIDO.

¿Cuánto tiempo hace que afirma que quiere salvar al país? Nadie lo recuerda; pero todos saben que desde que le conocen le han oído decir eso.

Si se diera crédito á su palabra, dice, ¡qué lejos se hallaría la nación de donde está! Él no tiene certeza de cuál fuera exactamente el grado á que llegaría de esa suerte en sus progresos; mas siente que lo que expresan sus labios, si hallara fe en cuantos le oyen, sería algo así como un resorte impulsor que enviaría á la república muy lejos en la senda de sus destinos.

Pero no inspira confianza; casi no se le atiende; es más: á veces se le supone alteradas las facultades mentales.

¿Por qué?: él padece el hecho sin alcanzar su razón; y cuando, experimentando, á veces, esa necesidad de consuelo que conoce el que no logra que le escuchen aquellos á quienes se dirige, lleva su mirada á la historia, dónde está registrada toda la vida de la humanidad, para buscar un ejemplo de ese infortunio, sólo ve comparable, á San Juan, predicando en el desierto.

Y así, dice, frecuentemente, en tono sentencioso

que parece encerrara la amenaza del arrepentimiento de los indiferentes, para breve tiempo: "esa incomprensión de la palabra de los apóstoles fué muchas veces la perdición de los pueblos, y lo que en otras ocasiones con otros, se verá repetido conmigo."

Pasarán las generaciones, transcurrirán los siglos, y cuando sustituída muchas veces por el tiempo y la vida, sea otra la humanidad de estas regiones, y pueblos mucho más adelantados sean la posteridad de sus ascendientes de hoy, entonces, en era de clarovidencia y de justicia, se verá entendida la sapiencia y reconocida la moralidad que ahora no hallan la aceptación que él quiere.

Entretanto, aquellos á quienes se dirige, gentes de estos nuestros días de escepticismo, que opinan que están viviendo clarovidentes y aptos para los discernimientos equitativos, afirman que ya le ven bien cómo es, y saben la cifra que señalará su densidad moral en la balanza de las apreciaciones justicieras.

Y sólo por eso, mientras él habla de ideales, principios, convicciones, sentimientos, anhelos altruistas, impulsos del patriotismo, y cuanto sabe más digno del homenaje de los pueblos, y perennemente prestigioso ante la honestidad y la virtud, le sucede lo que á todos los mal disfrazados en cualquier carnaval, y oye y ve por donde va, que los labios y las miradas, le dicen continuamente: te conozco.

JUBILOSO.

Era el nombre de un sujeto extraordinario: por donde iba alegraba.

Como es sabido, hay aspectos que dan tos: al cruzar quien lleva uno así, por entre la multitud de la calle, algo como una corriente eléctrica, va de él á la atención de los demás transeuntes, las miradas se encuentran y las gentes ríen, á veces hasta toser.

Este era de esos.

A pasos largos, con la satisfacción del amaneramiento adoptado, iba, llevado por la preocupación de su importancia, siempre sonriendo picarescamente, abrochado el sobretodo, las manos en los bolsillos, crecida la barba, el pelo abandonado á su desarrollo, el sombrero deforme, los zapatos para otros pies.

Y cada vez que, al llegar junto á las vidrieras del comercio de lujo, donde la alegría de la luz, atrae la de la juventud que se deleita en la contemplación y el comentario del desfile por las principales calles, oía reir á su paso, como si fuera un sembrador de la felicidad ajena, él contemplaba complacido su figura en todos los cristales que la

reflejaban, y le decía como hablándole á otro, y con un guiño: ya sé por qué es.

Siempre con el mejor concepto propio, á toda hora y en cualquier sitio, la satisfacción le conducía, y desde una mesa del café, como en el teatro, ú otro lugar de aglomeración pública, intervenía inesperadamente en el diálogo de gentes desconocidas, aplaudiendo ideas, aconsejando perseverancias, ó preguntando y respondiéndose, exaltado el ademán y furibundo el gesto: "¿para qué somos lo que somos, y cuál es nuestra misión, si no la de guiar á los inferiores?"

Y en seguida, cual si fuera una irradiación de cuanto en su alma para eso, hacía su felicidad, se esparcía por su rostro, aquella sonrisa de suprema, invulnerable placidez, que defendía, como una careta, lo que le hacía impermeable para el sentido natural del regocijo que causaba por donde iba dichoso por la satisfacción de su fe en sí.

UN SABIO.

En ciertos ambientes y en determinadas circunstancias, la reputación es más que el talento, y tanto como el dinero.

Este era un sabio que sabía hasta lo que necesitaba, porque sabía aquello, sabía que no valía, sabía que venía de abajo, y sabía que quería subir.

¡Cuánto sabía!

Con toda esa ciencia, naturalmente estaba capacitado para cuanto le podía ser útil, y así concluyó sucediendo lo que tenía que suceder: llegado que hubo á averiguar la molestia de los escrúpulos para luchar en la vida con los que llevan la ventaja de ir descargados de ellos, los arrojó con conciencia de lo que hacía, y aliviado de esa incomodidad empezó á ascender ágilmente por la cuesta difícil de la reputación y los beneficios.

Así, durante algún tiempo, alcanzó casi todos los éxitos que se propusiera, y tanto se acostumbró á eso, que, haciéndosele todo gloria, alguna vez incurrió su conducta en desviación de la senda trazada por las leyes, pues se dejara arrastrar, distraídamente, por ideales cuya comprensión escapa á la mente de los legisladores, gentes capacitadas apenas

para encauzar la vida dentro de prescripciones que no permiten exceptuarse ni á los sabios.

Sin este contratiempo, seguramente, nuestro hombre hubiera proseguido, sin la interrupción que padeció, su carrera ascendente en los cargos públicos, cuyas funciones retribuyen con dinero y con honores: sabido es que es tradicional en las naciones muy civilizadas, remunerar excepcionalmente á los que excepcionalmente tienen nutrida la memoria, y que es como una consigna pública la admiración y el homenaje á los que desempeñan los cometidos que aquellas dotes les permiten.

¡Y qué sería del crédito intelectual de los países, si así no procedieran para demostrar su extraordinario adelanto y su rango superior entre los que van al frente de los progresos humanos!

Por eso siguió cumpliéndose esa ley, tan honrosa como otras para la humanidad, y la vez del primer tropezón que diera aquel sabio mortal, por mirar á las constelaciones de su cielo, lejos de verse sospechada su prudencia y disminuída su reputación, fué admirado más el caudal de su sabiduría, pues se halló la razón para ello en el propio desliz, considerando que ella quedaba aumentada con un conocimiento más que acababa de adquirir en la experiencia de aquel accidente.

Así siguió feliz por su suerte, y así se conserva cada día más estimado, más seguro de su posición,

con más fe en su ciencia de la vida, y más confianza en la fuerza de su reputación.

Evidentemente este era un sabio que sabía: ¡cuánto sabía!

DISTRAIDO.

Si en estos nuestros prosaicos días de egoísmos materiales, triunfos industriales y frialdad científica, fuera posible, como allá en los bellos y remotos días del pueblo heleno, esperar después de la vida, aquel pequeño trámite de la divina justicia que se llamara psicostasia, y consistía en el peso de las almas de los muertos, en la balanza de Júpiter: indiscutiblemente el sujeto que nos ocupa podía confiar en que la ligereza de la suya le permitiría remontarse á las regiones de los espíritus más puros.

Ha vivido, siempre sin mácula, una larga existencia despreocupada, pasando diariamente, inconmovible, junto á todo cuanto—cualquiera sea su atractivo—en alguna forma interesa á alguien en la vida.

Como si en él, dentro de esa caja de ocho huesos en que cada sér humano lleva el laboratorio del pensamiento, se hubiera hecho el vacío de una campana neumática, va por donde le dirigen sus pasos, como conducido por el sueño de un sonámbulo, sin que los órganos de sus sentidos transmitan impresiones generadoras de ideas y sentimientos.

Extraño á cuanto promueve todas las formas de la actividad social, nada tiene poder para alterar la indiferencia de su espíritu perennemente equidistante de lo que atrae la atención de los otros, y llámese ello ciencias, letras, artes, especulaciones ó con cualquier otro nombre.

Y del sastre al peluquero, de su carruaje al palco, y de la mesa al lecho, hace su vida de cada día, como un sujeto de otro mundo, caído en este planeta para no padecer otras necesidades que las de la exhibición, el sueño, y la digestión, que satisface sólo porque no requiere las molestias que implica la virtud del esfuerzo.

Sin embargo, eso que en él parece el objeto de la vida, y que en la forma que lo hace tiene las costosas facilidades del lujo, otros lo realizan como necesidad reparadora de energías noblemente gastadas, cuando se lo permite el empleo dignificante de su existencia.

¡Cómo recuerda esto el precepto redentor: bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos!

CIRCUNLOQUIOS.

Nunca ha podido decir simplemente lo que piensa, siente, le sucede, ó quiere: cualquiera fuese el asunto, cualquiera la circunstancia en que se hallara, él ha experimentado, siempre, al hablar, la necesidad de mandar á paseo las ideas, los sentimientos, ó los hechos, mientras prepara algunas frases para vestirlos con el lenguaje figurado que cree más elegante.

Así confirma aquello de que cada hombre cae donde halla su abismo, y presa perpetua de retóricos devaneos, entre la perífrasis y la metáfora, se ve con frecuencia girando, como en un torbellino, en torno de lo que quiere decir, hasta que concluye por ir á parar lejos.

Para él, la metáfora tiene la irresistible atracción del precipicio, y cada vez que va á usar de esa facultad expresiva que distingue al hombre entre los demás seres y la dicen palabra: junto al principio de cada discurso se siente como en el borde de un pozo, y oye algo que le llama desde el fondo, padece un vértigo, y cae en la frase metafórica como en el vacío.

No puede escapar á esa seducción; ninguna otra

figura retórica le hace suyo y le domina como esa que llena de giros inesperados su conversación, hasta desahogarle de algunos excedentes de su fantasía: es cuando deja de hablar; sólo entonces han terminado, siempre, sus discursos.

La maledicencia del adversarismo intransigente, que no perdona, y llega á veces, hasta donde se cumplen funciones elevadas, en la vida pública, con frecuencia atribuyera á diferente causa la extravagancia lingüista de Circunloquios, pero para el auditorio imparcial todavía eso es un misterio.

¿Timidez para la franqueza? ¿Acaso excesiva necesidad de lisonjas, como llamara La Bruyere, á la vanidad? No se sabe; tal vez una, tal vez las dos, ó ninguna de esas causas.

Pero, lo efectivo, lo notorio, lo que le está haciendo gloria, es que—sea por algo de lo que cada uno de los que le oyen se figura, sea por lo que él mismo supone, ó se propone—desde el alto sitial donde con santa unción oficia de director espiritual de grey conspicua, rinde el más ferviente culto visto, á la sacratísima metáfora, mártir, según es fama, de múltiples profanaciones cotidianas, y ejemplar patrona de pedantes sapiencias y muy socorridos lustres intelectuales.

Con razón alguien dijera que el grado mayor de la credulidad es la fe en sí mismo.

SATISFECHO.

El sabe que todo no es exageración por enemistad; que todo no es error, en la opinión que consigue en el ambiente: siente que saben cómo es, y que en realidad le falta mucho para ser todo lo que quiere que en él se acepte.

Pero, este reconocimiento de la justicia que le hacen los que tienen razón, no impide que él persevere en la conducta á que debe su encumbramiento, y que siga recogiendo de ella todo el provecho posible, pues bien probado tiene que los resultados de ella bien pagan la pena de los ligeros sinsabores que le procuran, de cuando en cuando, las indiscreciones que descubren la sinceridad de quienes, al través de todo lo que hace y dice como si vistiera un disfraz, lo ven por dentro.

Y habla, habla tanto para continuar en escena, como para complacer una fe recóndita que, entre todo el escepticismo que siente por hombres é ideales, le trae la alegría de un halago á su amor propio, porque él se supone orador y se cree elocuente.

Por eso, cada vez que al pedir la palabra desde el asiento donde se siente, por toda una legislatura, seguro contra sus adversarios como en un fuerte

inexpugnable, advierte en los circunstantes algo que es la preparación para un espectáculo ameno: se reconcentra en la intimidad de su espíritu, persuadido siempre de la impotencia de todas las ironías que le dedique la intolerancia, y acomete la empresa de desarrollar la elocuencia que se atribuye, con el convencimiento de que con ello, triunfa de los que le niegan, y sirve á su gloria.

En esos momentos nada lo detiene y es su temeridad insuperable: desde el énfasis de la dicción; la ampulosidad en la frase; la extravagancia en los vocablos; la exageración en el ademán, y las prolijidades inauditas en la pronunciación, todo cuanto sabe que satisface las exigencias de lo que él concibe como supremas elegancias oratorias, aparece en su aspecto, en su voz y en sus gestos, dándole relieve extraordinario y característico en el conjunto de cuantos integran la corporación de que forma parte.

Y cuando, concluída, después de demasiado tiempo y múltiples interrupciones, su accidentada peroración sobre cualquier tema, recibe con gratitud los aplausos de sus colegas—pues la caridad es algo tan humano que á veces aparece hasta entre rivales — y empiezan en torno suyo los comentarios discretos que no llegan hasta él más que en rumores ininteligibles: siempre abandona el recinto animado por la convicción de un doble triunfo, sobre los que le saben el alma de memoria, y sobre las generaciones del porvenir que cree que le admirarán.

Así es feliz.

UN AUSTERO.

Consejo de su trivialidad, ó cálculo de sus conveniencias, la verdad vulgar es que ahora es costumbre en él: cada vez que puede, en público ó en privado, grita "mi dignidad", y cuando se refiere á "los principios", se quita el sombrero como si saludase á una majestad.

Jamás hubo otro tan extraordinariamente respetuoso de su decencia; nunca otro más desconfiado de la sinceridad de quien le hable; nadie como él para suponer índoles ocultas é intenciones inmorales en cuantos le conversan.

Y convertido en juez inexorable de la conducta ajena; parece que haya creído que basta adoptar severidades, para ser mejor que el prójimo; se atribuye autoridad; cuando la educación le atiende supone que es la fe que le escucha; y sin ver que le comprenden y le dejan ser lo que se propone: se excede, no ve á nadie igual, para su intolerancia no sólo aumentan los pícaros, sino que ya no quedan buenos, y en realidad va siendo algo así como una cruz para las gentes honestas, que, aunque saben que nunca pudieran ofrecer motivo de inculpaciones, sienten que todos los actos de su conducta

son vigilados por este sujeto que parece la encarnación de la sospecha, y empieza á cansar á la decencia.

Pero, ¿se puede preguntar quién es, ó de dónde vino? Para que se le acepte por lo que él quiere, necesita como Lohengrin que no se le interrogue cuál es su origen, su condición, ni su ley; pero para averiguar si es lo que parece, sirve el testimonio de los que le vieron en el escenario anterior á este en que se nos muestra tan extraño, y esa opinión le desagrada en la comedia de la vida pública porque informa de cómo desempeñaba un papel ingrato.

Y dice del personaje: hasta ayer, era el más solícito y obsecuente servidor de un desgobierno cuyo responsable se parecía al ciudadano más austero de una de las épocas de mayor degradación que registra la historia, en que como aquél creía que había corrupciones necesarias al estado; para él tenía siempre en los labios la frase que hace sonreir, propicia las voluntades, é inclina á la protección y al favor; poseía constantemente en los ojos la expresión que enternece ó pide, su mirada hablaba siempre claro, decía auxilio, é imploraba algo.

¿A costa de qué? Nunca hizo cuestión de precio.

Así fué antes, en la época pasada para no volver; no estudió para eso, porque no había facultades donde se enseñara: si no se hubiera graduado de doctor en la ciencia de las sumisiones y en el arte de hacer lisonjas.

UNO QUE VA A LA CALLE.

Como él dice, acaso todo lo que, desde algún tiempo, ve en las cosas y en los hombres, no sea rigurosamente verdadero; bien puede ser que en ello haya mucho de la ilusión característica de ciertos estados patológicos, pues, como es sabido, hay cosas en la vida que parecen mandadas hacer para aumentarle la temperatura á cualquiera; pero para él es lo mismo, porque abrumado por la intranquilidad que se le ha producido sin que sepa cómo, por qué, ni para qué, siente que ya no puede soportar más su estado moral, y comprende que necesita resolver algo al respecto aunque no puede decidir nada.

Y explica: fueron sensaciones, ligerísimas al principio, intensificadas después, y coincidentes desde la puerta hasta el fondo del palacio del congreso, lo que, poco á poco, arraigara en su espíritu las convicciones que hoy le trastornan y atormentan.

Por eso sabe que allí todo le despide, y desde que pisa las escaleras siente que el mármol de cada escalón se alza y le levanta el pie como negándole entrada, para que se vuelva por donde vino.

Y cuando, sobreponiéndose heroicamente á toda la resistencia que en mil detalles—sólo perceptibles

para él—advierte en el ambiente de los corredores por donde va, llega á la amplia sala de sesiones en la cual ocupa el asiento destinado á un legislador: acrece la obsesión de que se ve presa, y todo adquiere expresión, y muros, artesonados, muebles, desprenden para él, anuncio sin voz, aviso sin palabras, que anhelante atiende, y entiende que dicen: pasas, te vas, no volverás.

Así mortificado, vive éste los días legislativos que le quedan á su vida representativa: caso de generación política espontánea, rico en no soñados sibaríticos halagos hasta hoy, y destinado apenas á objeto de muy amargas nostalgias para mañana.

Dicen que con frecuencia, al abandonar el "augusto recinto de las leyes", se le oye expresar inadvertidamente, en voz alta, toda la convicción de su pesimismo irremediable, y hasta hay quien afirma que alguna vez le ha oído comparar su suerte á la del babilónico rey que viera caer también toda su grandeza, como al soplo de incontestable adversidad, al anuncio de aquellas tres palabras, *mane, tecel, phares,* rememoradas hasta nuestros días, al través de los siglos, en las horas finales de todas las prosperidades, y afirmar decididamente:

Esto ha de ser divina justicia porque es el presentimiento de lo que va á suceder: vine por casualidad, conozco que me voy, no volveré.

EL MAS FIEL.

Nada excepcional lo obligó, cuando se iniciara en la vida política, á adoptar una conducta inferior á la de los que con él empezaban.

Acaso haya vocación para eso, como la hay para dedicarse al servicio del Señor.

Pero, fuera cualquiera el origen que haya tenido, fué la verdad que desde que apareció á su manera en aquel mundo oficial, no pudo haber otro que se adelantara antes que él á ofrecer, con la más extrema solicitud, la mayor obsecuencia imaginable.

Libre de ese efecto de la susceptibilidad que se llama pudor moral, nada tuvo nunca poder para detenerle los agasajos al que podía retribuírselos mejor, y vivía del cultivo de esa inferioridad psíquica, como otros de la práctica de una virtud, y se llamaba á sí mismo "el más fiel".

De esas fidelidades sucesivas á cada uno de los que ascendían al poder supremo, obtuvo los innumerables cargos administrativos en los cuales fué adquiriendo su significación política, y los bienes de fortuna que, con el tiempo, diéranle todo el ascendiente social de los que trepan pecuniariamente al mundo de la distinción á que son extraños.

Sólo que, como tenía que suceder inevitablemente, llegó hasta allí, con las consecuencias de su manera de inmiscuirse, y no fué más que lo que le era posible por los antecedentes de que no le sería dado desprenderse nunca, y halló el ambiente glacial, sintiendo que el cinismo no era impenetrable para algo más frío que la indiferencia, que era lo único que había esperado y no temía.

Entonces no trepidó: consultando la moral de los tiempos, y midiendo cuánta era la eficacia del dinero en las horas de jugar su suerte, le tranquilizó su fortuna, y armado de su poder, se procuró el consuelo de las satisfacciones que le permitía, y fué el dueño de costosos caballos de carrera, comprador infalible de las más caras localidades en los teatros, frecuentador de todo espectáculo á precios extraordinarios; pero en todo lugar de concurrencia social veíasele, en medio al lujo de su tren, no como los que disfrutaban, sino como la personificación de una venganza, y en medio á todos los que irradiaban placer él parecía la efigie del rencor.

Nunca tuvo otras penas.

UN SIMBOLO.

En política, como en alfarería, hay nombres de personas que evocan el recuerdo de aquello en que se les viera, y, á veces, parecen sinónimos de malas cosas.

El de éste era así.

Doquiera se le oía hacía pensar en lo que era y había sido quien lo llevaba, lo cual bastaba para producir la contracción de los músculos faciales, hacer sentir escozor en la pituitaria, resfriarse y estornudar.

Su dueño no lo advertía, ó no se daba por enterado, lo que parece igual aunque no sea lo mismo, y cubierto por ese impermeable para cuanto pudiera ser hiriente por provenir de la ajena inteligencia de su condición, realizaba su vida con aspecto despreocupado que le dejaba satisfecho.

Hay muchas reputaciones como esa, impotentes para alterar tanto lo que valga, como la conducta que adoptara, quien de ella fuere objeto por haberla bien ganado.

Pero, éste, que, según parece, no es hombre de echarse á dormir sobre sus laureles, aspira á merecer más, y con ese propósito quiere progresar: por

lo cual hay sobrado motivo para esperar que multiplique los procedimientos inherentes á su conducta, y se vean acrecidos correlativamente los efectos fisiológicos de cuantos impresiona con ellos.

Por eso, si hasta hoy ha hecho lo que ha bastado para convertir su nombre en símbolo de mucho que en los otros ejerce acción morbosa, leve todavía, acaso no transcurra largo tiempo sin que los efectos del perfeccionamiento que busca, se hagan sentir en forma alarmante entre las gentes que experimentan la impresión nerviosa de lo que le caracteriza é ilustra el nombre.

¡El nombre!, que si ahora rememora algo que sofoca y escuece en las fosas nasales, hasta provocar el estornudo, acaso mañana adquiera sabor agrio y vómico, que traslade sus efectos al estómago de los que le oigan, y trastorne en forma nueva su salud.

Porque en eso de aumentar la condición peculiar de cada uno, todos saben dónde empiezan las inclinaciones, pero nadie hasta dónde le pueden llevar las aptitudes.

Y los símbolos, como los objetos, están sometidos á la evolución, que alcanza á todo lo que existe.

UN HABIL.

Nada revela en su exterior las cualidades que le merecieran su fama de hombre hábil; pero si se oye la descripción de sus antecedentes, queda convencido de la razón de su nombradía, hasta el más escéptico.

Su obra data de lejos; empezó abajo, y allá casi en su infancia, trayéndola siempre consigo hasta sentirse cansado de llevarla, aunque no resuelto á abandonarla.

Se llama á sí mismo, "elemento electoral", cree en la excelencia y en el porvenir de su "carrera política", y tiene permanentemente un gesto de supremo desdén para las legislaciones moralizadoras de las prácticas electorales.

En todas las épocas, cada vez que alguien le ha anunciado, ó ha oído hablar, de propósitos gubernativos tendientes á la obtención de la legalidad en el sufragio, él ha dejado oir la duda de su escepticismo, y junto á la sonrisa que anima con una expresión de travesura su rostro, brillan sus ojos con la luz de la inteligencia de algo misterioso, como con la visión clara y con la noción exacta de la conciencia de los hombres.

En esos momentos se le supone con la suprema sabiduría y con la experiencia mayor de la vida, porque convence de que él sabe más que todos la verdad, y está iniciado en los misterios de las mudanzas del corazón humano.

¿Es duda de la capacidad de los otros? ¿Es confianza en la permanencia de cuanto explica su significación en el ambiente?

Ninguno lo averigua, pero también ninguno se siente con fundamento para dudar de su palabra cuando afirma que su época no ha pasado, que se precisa de él, que le buscarán, y le seguirán ocupando, porque sus servicios eternamente serán indispensables.

Sabe que su función es antipática á cuantos rinden culto sincero al civismo, que él no es persona grata á todos aquéllos que anhelan la vida institucional, que nada tiene él que ver con la democracia; pero conoce la fuerza de las necesidades á que sirve; sabe para qué es útil; y vive confiado en que cualesquiera sean los propósitos directivos de cada nueva reforma, día llegará para él en que, como antes, volverá á ser llamado, y oirá cómo se le solicita el contingente de sus habilidades.

Y entretanto disfruta de la holgada vida que le permiten los ahorros que hizo por la sola virtud de sus aptitudes para la vida del comicio.

INCITATUS.

Una vez que colocaban á un bruto herraduras para su comodidad, agradeció el servicio con una coz: no extrañó la acción en el autor; pero se criticó la falta de precauciones en los que le hacían bien.

Es evidente que á ciertos seres no se les puede favorecer sin precaverse contra el riesgo de alguna ingratitud: es su aptitud innata, no son responsables de ella, y después de ejercitarla, naturalmente, se quedan tan tranquilos como antes, sobre dos de sus extremidades, si son bípedos, y sobre el doble, si son cuadrúpedos, como en el caso referido.

Así pasó con éste: todo lo debió á la protección de un poderoso, al cual elevó al cielo y comparó con Dios mientras pudiera ser insuperable dispensador de beneficios, y de quién fué implacable enemigo, así que le supo descendido del poder desde donde fuera el autor generoso de todo aquello que lo había honrado.

Porque él no tenía cualidades para llegar por ellas, hasta donde se le había visto, cada vez más alto, y tan notoria era su carencia de aptitudes, que al través de los honores consiguientes á todos los elevados cargos en que se le viera, más de una vez

llegó á filtrarse hasta su amor propio, como aire frío colado por un resquicio, la hilaridad de la conciencia pública, motivada en la desproporción de sus funciones con sus merecimientos, y en la única y positiva razón de la rápida carrera ascendente que constituía toda su vida pública.

De ahí, la comparación de su importancia á la de cosas y seres que la tuvieran tanta, y más, de la misma manera, y por igual motivo: mediante el favor de un poderoso; y como consecuencia natural de ellas el nombre del ejemplo más exacto que ofreciera la historia: Incitatus.

Incitatus: aquel noble irracional tan amado por el más siniestro de los césares, que en la noche de la víspera de las carreras del circo, le enviaba soldados para que velaran su sueño, guardando el silencio de todo el vecindario, y para el cual hiciera construir cuadra de mármol, pesebre de marfil, arneses de púrpura y collares de perlas; poniéndole palacio con esclavos y muebles, y hasta intentando investirle con la dignidad de cónsul.

Una sola diferencia halló, sin embargo, un erudito, entre los dos seres comparados al través de los siglos: la gratitud, comprobada en el ejemplar de la ciudad eterna.

BIENVENIDO.

Fué su nombre familiar desde antes de nacer, porque debía ser heredero de varias fortunas.

Lánguido el aspecto, amarilla la piel, y rubio desvanecido el cabello y el bigote, alguien ha dicho de él que es la personificación de la libra esterlina: moneda muy chata, pero que, como es sabido, vale más que otras por el oro que tiene y le da color.

Poco favorecido por la naturaleza, en el alma como en el cuerpo, no nació para labor alguna material ni intelectual, pero al venir á este bajo mundo, donde triunfa la suerte y no es preciso el mérito, halló fácil la vida, á la cual llegaba para ser parásito, y alcanzó su riqueza como la lombriz solitaria su substancia nutritiva, allí donde se desarrolla y vive: sin esfuerzo.

Acaso por eso sostenía, en su juventud, que no existe cosa más volátil que el dinero, y que no hay envase bastante hermético para guardarle: criterio modificado por la edad hasta hacerle coincidir en la opinión contraria, tradicionalmente compartida por todos sus antepasados, y probablemente transmitida en la sangre para hacerla aparecer, á su hora, en toda su descendencia.

Esto aparte, tiene la preocupación de la nombradía, y por ella hizo y hace lo que puede, no preocupándose de merecerla, sino de conseguirla: así pasó por las aulas y salió de ellas con un título adquirido de doctor, y dondequiera que estuviere, á poco que se le hurgue el amor propio da por las paredes.

Llevado por esa debilidad moral, continuamente quiere significar otra cosa que lo que puede, y sin comprender, ó sin resignarse á las incompatibilidades naturales de las aptitudes efectivas con las exigencias superiores, á todo se atreve, todo lo intenta y todo lo ensaya.

Así donde ve hacer, hace, y donde oye hablar, habla: siempre, inevitablemente, apenas como puede; pero, á la vez, sin dudar de que lo realiza como cualquiera que lo haga bien, y convencido de que es para su gloria, cosa aplazada por la naturaleza hasta el día en que le fuera posible comprender por qué hoy no lo es.

Y entretanto, sólo consigue conservar—porque, como el cuño de una moneda, no le abandona mientras circula—el valor de su oro, de su oro de esterlina, chata como su mentalidad y amarilla como sus cabellos.

¿Vive ó dura?: ni él lo sabe, pero sigue existiendo fácil y dichosamente, sin otra pesadumbre que la de no poder ser considerado más que en el mundo de los negocios, donde todo se vende y se compra, me-

nos aquello que él precisa y busca, sin lograr hallarlo porque no hay mercados en el mundo que lo tengan para ofrecer á los necesitados.

Sabe que no necesita extremar las demostraciones de su adhesión á los oficialismos que se suceden; que nada lo obliga, cada vez que se presentan circunstancias difíciles, á ser el iniciador de las actitudes definidas; que no hay algo que le imponga el radicalismo que asume en todos los casos y con todos los pretextos; pero no lo puede evitar: está en sus costumbres, es la primera necesidad en su conducta.

Y apenas advierte, con la delicadeza de percepción que es su facultad distintiva, el más leve indicio de remoto interés por cualquier cosa, en cada uno de los que se suceden en el poder supremo del país, él se adelanta, temerariamente, á urgir, en la forma en que se lo permiten los diferentes casos, la satisfacción del propósito oficial.

Muchas veces, sus colegas, al verlo partir hacia los extremos de cualquiera cuestión, como hacia un abismo, ó contra un reducto erizado de bayonetas, aunque le conocen, y confían en la procedencia de sus entusiasmos, se han visto presa de una sensación de intranquilidad que parecía anunciarles un riesgo, y hasta han experimentado la consternación de

creerse sobre el vacío, al verse precisados á seguirle en casos absolutamente imposibles de prever, é inesperados para todos.

Pero, en cada una de esas ocasiones, nunca ha dejado ver en su conducta, ni el menor síntoma que permitiera diagnosticar en él una indecisión, y fiel á su método, siempre, invariablemente, en la tribuna, en la prensa, dónde ha podido hacerse escuchar, ó hacerse leer, igual ante uno que ante cien, ó ante mil: ha sido posible verle explicando su conducta por razones superiores de dignidad, de patriotismo, de conveniencias públicas, hasta inspirar veneración por tanto altruismo, y hacer sentir la mayor lástima por sus sacrificios en holocausto á todo lo que es extraño á su interés personal, y para bien ajeno.

Y siempre, invocando los principios, la equidad, la moral, el derecho, las leyes, la sociedad, la patria, todo cuanto sabe más venerable para la sinceridad de los sentimientos altruistas, y razón de la conducta de quienes fueren dignos: avanza interpretando infaliblemente los deseos y la voluntad predominantes en cada nuevo ambiente gubernativo, y es su actitud norma segura de la conducta de cuantos necesitan ver bien interpretada la voluntad superior para servir á la patria en la obra política y administrativa de cada situación.

UNO QUE FUE INTRANSIGENTE.

Indudablemente uno de los espectáculos más interesantes que ofrece al observador el escenario político de las naciones, es el de las inconsecuencias finales de la idiosincrasia propia de cada uno de los actores, con el papel que asumieran en la función de su vida pública.

Y en esa hora en que descorrido como por la mano indiscreta y despiadada de la naturaleza, el telón de una nueva época, deja el proscenio lleno de revelaciones comprometedoras, aparece caído al pie de cada uno el velo del disimulo, ó de la adversidad que le caracterizara como ídolo, ó como objeto de execración.

Por eso, al quedar descubierta la desnudez moral ó intelectual por cuya ocultación los interesados vivieran reputados con injusticia: asisten, infaliblemente, los espectadores, á la desaparición de muchos apóstoles, y pasan para siempre, como las sombras de la ilusión de un sueño, las imágenes de los que se propiciaran el respeto personificando el altruismo y la integridad del carácter, mostrándose obedientes á los dictados de la moral, y llamándose los más fieles intérpretes de la justicia, movidos siempre por el impulso inmaculado del patriotismo.

En el espectáculo de la época, éste fué de esos: nacido con buena voz, gritó mucho desde lejos de los honores y los puestos lucrativos; acusaba todos los días; inculpaba por profesión; y, así, siguió viviendo para eso, hasta que una vez le pareció oir de la multitud un grito sin ironía que le llamaba austero, y en otra ocasión comprobó que le citaban como ejemplo.

Entonces se consideró llegado al lugar de su propósito, y desde el andén de su reputación tomó el convoy que llevaba á los más altos destinos... y esta es la hora en que todavía viaja, libre de la tentación de descender antes de hacer todo el recorrido.

Pero, el pueblo, el eterno espectador de las traviesas habilidades de algunos de los políticos que le dan la broma de su respeto, empieza á desconocerle, y hasta á perderle de vista, á ratos, acaso por la velocidad de su tren, pues aunque todavía recuerda el afán que ponía el hombre en mostrarse intolerante é intransigente con los que no igualaban la dignidad que se atribuía: algunos de larga vista hacen ya la afirmación de que en el rápido en que viaja, ha abandonado el vagón de primera en que saliera, conforme á su rango, y va mezclado á los pasajeros de tercera sin sospechar que le observan.

Por eso ha comenzado á preguntarse la muchedumbre si irá á desaparecer para siempre el prócer

de la intolerancia y la intransigencia en la llanura.

Y sólo á su conducta será dado responder, pues eso se sabrá á su regreso, porque éste, como todo el que sale de su órbita, tiene que regresar.

EQUIS.

En cualquier plano de la sociedad, en todo sitio, á diferente hora, de día ó de noche, dónde se halle: es algo así como un acertijo permanente propuesto á los circunstantes; especie de interrogación para todos, ó incógnita que nadie consigue despejar.

¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿A dónde va? ¡Misterio!: "preguntadlo al caos", como dijera Manuel Acuña después de hacerse esas preguntas, refiriéndose al sér humano.

Sólo se sabe de él, que existe, se traslada, y hace su dicha de la rareza que en su aspecto llama la atención de cuantos se hallan por donde pasa: apenas por ese inocente placer llega á todas partes.

¿Será bueno? ¿Será malo? ¿Es inteligente? ¿Es mediocre? ¿Ignorante? ¿Ilustrado? Nadie conoce de él más que lo dicho: es el del aspecto extraordinario, que pasea haciendo volver las cabezas para seguirle con la mirada que al fin le abandona sin haber conseguido ver algo que enseñe quién es el que le usa.

Todos los ambientes tienen ejemplares de este sujeto original, y lo curioso de este ente universal, que parece que viniera para hacer preguntarse mu-

tua é inútilmente á las gentes ¿quién será?, es que á veces permanece impermeable para la curiosidad ajena durante toda la vida, pues, en realidad, nunca interesa á nadie averiguarlo.

Al fin, un buen día nos detiene en nuestro camino algún amigo, para decirnos, "¿sabes quién ha muerto?: aquel sujeto extraño que tanto llamaba la atención en teatros y conciertos, en veladas científicas ó literarias, en playas, en todas partes."

—¿Y cómo lo has sabido?

—"Vi en un diario su retrato, y junto al grabado el anuncio de su muerte repentina, y una solicitud de informes al lector que le conociera, para saber quién era."

Así llega, pasa, y se va Equis: como un acertijo, como una interrogación, como una incógnita.

MISTERIO.

Pálido, demacrado, con los ojos siempre abiertos como por una reciente y gran sorpresa, bajo el ala de su sombrero negro: parece la encarnación de las precauciones.

Trasciende de su aspecto la reserva de todas las desconfianzas de un conspirador que se supone sospechado; y dondequiera que se halle, mira con disimulo, atiende aparentando distracción, oye de espaldas, cuando camina no pisa: se desliza como una sombra.

¿De dónde viene? ¿A dónde va?

Ni él mismo lo sabe, aunque vive todas las horas del día perturbado por la convicción de que el azar que le conduce, como un mal genio, le tiene reservada su intervención en cuestiones graves y trascendentes.

Y eso no estorbaría á nadie, si no ocurriera que él relaciona á otros con su estado, pues, como por costumbre, casi furtivamente, llega hasta donde sabe que hay alguien que le conoce, y tras la sensación de alarma consiguiente á su presencia, entre los que allí se hallen, él llama aparte, misteriosamente, al que es su amigo, después de advertirle,

si le ve poco propicio á su confidencia, que más le conviene oirle, pues es serio y grave lo que le va á confiar, y con un murmullo acompañado de tétricos gestos, desliza en su oído algo que generalmente hace sonreir al que le escucha.

A veces la impaciencia estalla en la víctima, que le despide desabridamente; y aunque, entonces, él, infaliblemente, afirma que se va como el humo para no volver, pasado algún tiempo su obsesión le hace repetir la zozobra en otro círculo, donde se ríe ó se repite la escena anterior.

Así, feliz, cultiva su manía del misterio y de la novedad alarmante, mientras se figura que lo que hace es para asombro de la humanidad y trascendencia eterna.

———

"LE PLUS OUTRANCIER".

Es aptitud idiosincrática en él: cuentan que desde pequeño vivía sus días conducido por la violencia de los impulsos, como hoy todo lo hace llevado por el ímpetu.

Como presa de un arrebato continuo, parece con el ánimo perpetuamente caldeado por el fuego de los mayores entusiasmos, y con los nervios siempre en tensión, todo lo que le es útil lo halla diligente, y cuanto inicia, acoge, ó desarrolla, lo extrema y hace radicalmente.

Dotado de profundo sentido para discernir las actitudes convenientes, en todas las circunstancias que le ofrece cotidianamente la vida pública, él sabe que no está hecho el riesgo de las equivocaciones perjudiciales para los que son clarovidentes como él y tuvieran la experiencia suya.

Por eso no vacila ante los sucesos que cada día son nuevas dificultades y problemas para los demás, y sin mirar nunca para atrás, atiende solamente lo que es interés, ú objetivo de cada uno de los que, en el transcurso de los tiempos, se suceden en el poder supremo de su país, y siempre, infaliblemente, cuando todos adoptan una actitud prudente

por la timidez de sus dudas, él se conduce en forma radical, y lleva mucho más allá de lo que todos imaginaran, los propósitos del último oficialismo que integra.

Nunca, en caso alguno, hubo entusiasmo y calor comparables al suyo en la defensa de todo, y cada vez que se le ve, ó se le oye, como poseído por un arrebato, sosteniendo lo que llama sus convicciones, es tal su aspecto, la energía de su voz, la vibración de su acento, la verbosidad, y la rapidez de sus gestos, que con frecuencia suele dejar á los autores de las ideas que defiende, ó promotores de lo que le interesa, sorprendidos de tanta solicitud, y hasta dudando de haber sido ellos los conceptores de aquellos propósitos que ven fundados, desarrollados y ampliados hasta obligar, á veces, á reducirles á lo que habían deseado.

Por eso es útil, y de esa manera, ha sido permanente, para su dicha y su fortuna, durante muchos años, en la vida pública: ganado lo tiene.

TIPO-TAPE.

Por supuesto que éste también proviene del ambiente oxigenado de un rincón agreste de campiñas vírgenes y exuberantes, en la rica y feraz naturaleza del país.

De ahí su salud y su movimiento: extraordinarios exponentes de muy rara intensidad vital.

Pequeño, adiposo, curvilíneo, recio de greñas, mirada intranquila y color te: por su físico hubiera pasado inadvertido entre algunos pueblos de la América inferior, á no ser por la rapidez sorprendente que desarrolla para trasladar su humanidad de una parte á otra, y que—valga su aserto—le lleva salvado en muchos peligros.

Probablemente por ella, y sin que él mismo, casi, sepa explicar cómo, desde allá, junto al árbol donde tuvo su nido, vinó un día á dar en una banca de hacedor de leyes.

Lento para hablar, habituado á hacerlo entre sonrisas, todo en él, aspecto y palabra, haría insospechable su agilidad, si no fuera la viveza de sus pequeños ojos y la extrema nerviosidad con que eternamente restriégase las manos: dos detalles con los que parece estar diciendo al que le ve, ¿hacia dónde voy á escapar?

El no sabría decir si allá en sus años infantiles,

fué mandadero y después ayudante de faenas camperas, en una estancia, pero no obstante las ventajas por las cuales sabe que es significativo en política, siente la nostalgia del paisaje y de la existencia que conserva en la memoria con todas las predilecciones de sus más íntimos sentimientos, y que, á veces, en medio á los halagos de la vida pública, arrancan hondos suspiros á su pecho.

Poco le atraen los libros, naturalmente, á los cuales llama "papeleras de teorías", pues sabe que el rol que él desempeña es eficaz, y que su función es práctica, y eso, que es lo principal ante su criterio, basta para norma de su conducta en cuanto á lecturas y labores intelectuales.

Pero ha leído á Buffon, pues cierta vez que alguien hiciera objeto de ironía á su exigua talla y á su nerviosa rapidez, él citó en favor de sus cualidades lo que el sabio naturalista opinaba del ratón—sujeto que también las reune—y recordó con la complacencia del que triunfa, las palabras del maestro sobre el roedor: "cuanto más débil es, tanto mayor es el número de sus enemigos, á los cuales no puede sustraerse sino por su agilidad y su misma pequeñez".

TRAJEADO.

Hay sujetos que convierten el día en año, y viven en veinticuatro horas las cuatro estaciones.

Este es así, y lo es porque padece la necesidad de que le distingan por el vestido: si pudiera exceptuarse de otra manera, lo haría; pero nació sin algo más que pelo y sombrero en la cabeza, y con algo mejor en el bolsillo; por eso aunque no puede pensar y tener ideas, puede gastar y tiene ropa.

¿Viste bien?

Para eso es necesario gusto, cosa que se hace con discernimiento, y ya he dicho que él vino desprovisto de cuanto pueda fosforecer en el cerebro: nada perturbará sus digestiones, libre está de neurastenias, larga será su vida fisiológica.

A veces, le acontece advertir algo así como una ironía en los elogios á su elegancia, padece la intranquilidad de la sospecha de que su aspecto divierte, y se pregunta cómo no convence su mudanza de cuatro trajes al día.

Pero, los mayores disgustos de su vida entregada al sastre, sus horas tristes, son obra de la

distracción ajena, de los que en el salón, en el teatro, en el paseo, en todas partes á donde va "como cree que está admirable", no sólo no le admiran todo lo que él adoptara para eso, sino que ni le advierten: gentes destinadas á la mortificación de las preocupaciones serias, merecen la vida desgraciada, y en vez de padecerla, como correspondería, se la causan á él, hecho como se precisa para ser feliz.

Es lo único que le ha producido pensamiento, y cada vez que le ocurriera eso, fugazmente, la fatiga de aquel ejercicio sin músculos, le dió sueño, y tuvo que retirarse á reposar del disgusto y del esfuerzo, con la sensación de una doble derrota.

En cambio, muchas veces ha experimentado las más agradables sensaciones, pues con frecuencia, al ver reproducida en los cristales su silueta de diferente catadura á cada rato, sintiendo confortada la fe en su método, continúa creyendo en su rol significante, ríe y es feliz, como puede y lo merece.

No ha faltado quien le aconsejara los viajes, para salir del ambiente á que él tanto se adelanta, é ir lejos, á las sociedades viejas, dónde el refinamiento de las civilizaciones acumuladas deja comprender á los que se parecen á él: desde entonces le seduce un viaje á Europa, tierra donde, le han dicho, florece el sentimiento estético

en los espíritus como es menester para que se sientan bien hallados los incomprendidos por estas regiones.

E, indudablemente, cualquier día, irá allá á hacerse vestir, para ser entendido como desea.

UNO QUE HA CAMINADO.

Es el suyo el triunfo de los pies.

Dondequiera que ha ido, á cualquier parte que ha llegado, en todos los sitios elevados en que se le ha visto: sólo ha sido por sus pies.

Desde la escuela se le conoció aquella aptitud; unos estudiaban, otros tenían precoz inteligencia: él caminaba, y en la hora de prueba en que á todos correspondía enseñar los ejercicios obligatorios, dar una lección ó resolver un problema, él circulaba entre los que rodeaban al maestro con un libro ó un cuaderno, y aunque demostraba poco, se agitaba más que todos.

Parece que, entonces, ya tenía la noción de sus aptitudes y el sentido de la utilidad, pues tras pocos años de moverse entre los bancos escolares, y sus condiscípulos, una mañana pensó que él no era muy propenso á porfiar á la lectura la comprensión de lo que encerraban los libros, y una tarde salió para siempre de la escuela, entre los que salían para volver al día siguiente.

Y—vocación suya, ó designios providenciales —un año después había entregado toda su ju-

ventud y todas sus energías, á las actividades políticas que con la edad y sus pies, tan lejos y alto le habían de llevar.

Primero, las funciones de un club en un barrio suburbano, ofreciéronle oportunidad de revelar sus dotes para acortar distancias: fué un agente económico y veloz para pasar la palabra de orden en los días de reunión, y para el transporte de balotas en las jornadas comiciales.

Eso era mérito destinado á las primeras recompensas, y desde una inspección de largo recorrido que se le acordara por sus aptitudes, tan demostradas como reconocidas, entró al ejercicio de los cargos públicos como á una avenida sobre una pendiente: decidido á caminar ligero, que era todo lo que antes había podido y le valiera el primer beneficio.

Y así fué: sólo por la rapidez de su gestión para propiciarse las influencias, se ha trasladado con agilidad excepcional en los cargos oficiales, y en las dignidades de los partidos políticos, aunque siempre, infaliblemente, apenas casi, para no ejercer otra acción que la de mera presencia.

Así, caminando, llegó también hasta donde está y se le ve en muy elevadas funciones públicas: acasc sea por eso que, según dicen testigos, en la banca que le contiene con todo lo que representa, sin cesar deja su mano una caricia so-

bre los pies que alternativamente coloca sobre una de las rodillas, en tanto los contempla enternecido, con una mirada expresiva de profundas y antiguas gratitudes.

EL Y SU OBRA.

Ese sueño de la distinción intelectual del hijo, que tanto halaga á casi todas las madres, y que se concreta en el anhelo de un título facultativo, fué la causa original del convencimiento que éste tenía de que debía ser hombre de letras.

Y oyendo, casi desde que pudo entender y atender, el anuncio y el elogio del destino que le esperaba, siguió el consejo de los que le afirmaban que era de la lectura de donde podría sacar todo lo que debía ser, y se entregó á la exploración del papel impreso, hasta gastar sus ojos en el hallazgo y la extracción de la personalidad que en él iluminaría el nombre, el país y la época, con la luz de su fósforo.

¿Por dónde le había llevado esa lectura? ¿Dónde se había extraviado esa ingenuidad falta de guía, al internarse como en un bosque desconocido, en el misterio del libro?

Conducido por el azar tuvo buenos y malos encuentros, y al cabo de algunos años, aunque nadie hubiera podido decir si había llegado á ser mejor ó peor que antes, él sabía que era otro, que en él había alguien, y creía en ese como en el ente superior de la especie.

No hay necesidad de asegurar que temprano se supuso capaz de crear, para decir que á los treinta años afirmaba que había escrito varios ensayos y concluído una obra maestra.

Y como en el sereno ambiente en que creció esa planta, cualquier nombre emitido por una voz enérgica, cruza sin interrupción y va directamente al eco, que le repite multiplicado muchas veces: sucedió que cuando él gritó, como si tuviera razón, que era autor de una obra maestra, los vecinos empezaron á decir que sí, como si la hubieran conocido.

Entonces él, empezó á vivir todo el halago de aquella fe en su mérito, como hubiera vivido la gloria de un triunfo efectivo, y lanzado á la calle y al comentario, con el sombrero extraño, y las solapas del levitón amplias, como alas para remontar el vuelo á las mayores alturas, se complacía en ver, por donde pasaba, gestos admirativos y ademanes que le señalaban; y oir voces que le nombraban, y le decían: ¡autor!

Pero, el destino, que probablemente existe para algunos, tal como lo quiere el fatalismo para todos, le tenía medido esas satisfacciones, y eran contados los días de ellas, pues para mal de sus pecados, todas aquellas manifestaciones admirativas, condensadas gradualmente por el tiempo, concluyeron por hacer imprescindible la impresión de la obra, y un día fué editada.

Fué la fecha de la reproducción del infortunio de Ícaro, en la cual asistió aquel mundo de las letras á la caída de una gran ave de vanidad.

Y hubo allí un ilustre menos, y un buen hombre más.

UN PURITANO.

Como una tentación, le alcanza todos los días la noticia de alguna prosperidad en los que son sus adversarios; pero, resiste á las seducciones de la transigencia, por bien parecer, y aunque le duela la adopción de esa apariencia de integridad moral, como el uso de un lujo muy costoso, á quien no posee riqueza suficiente para llevarlo sin molestia.

Y cuando piensa cómo fué que le ocurrió la decisión de independizarse de los que le habían formado cómo era, no le alcanza la conciencia para arrepentirse bastante de aquella mala inspiración.

No recuerda quién fué; pero, ahora sospecha que haya sido un enemigo quien le diera aquel consejo, haciéndole entender que era hábil apartarse de sus compañeros en un momento difícil, atribuyéndose intransigencia en materia de principios, y comprometiéndose ante la opinión á perseverar en aquel puritanismo exaltado, como quien realiza un acto natural á la idiosincrasia propia, y lo que era más, y más difícil, con la apariencia del mayor agrado.

"¡Quién sabe hasta dónde te vas á elevar, en el concepto público, y en tu carrera política, si te exceptúas en esta oportunidad que se te ofrece, como á un elegido por la Providencia para los más grandes destinos!", habían sido las palabras generosas del otro, que, aunque no podía hallarle en su memoria, ahora lo suponía reptil.

Pero aquella premisa no había tenido la consecuencia prometida, y desde el mal momento de la proclamación de su principismo inflexible, los hechos se habían sucedido en forma contraria á lo que le era conveniente; y de allí á poco empezaba á sentirse comprometido en el riesgo de permanecer aislado en la dignidad de su situación, como el que sitiado en una fortaleza teme concluir por rendirse á la fuerza de las necesidades.

Y ahora, ya le pesa la carga de su aparente superioridad moral, como un postizo adoptado de buen grado, pero hecho insoportable con el uso: por eso, con frecuencia, se da á muy serias reflexiones sobre su actitud y acerca de la posibilidad de una evolución que le vuelva á la compañía de cuyas responsabilidades se apartó en una hora sin suerte, que le malogró las ventajas que las acompañaba.

Pero, no se atreve, pues para colmo de su infortunio, tiene aprendido que, cuando se adquiere la responsabilidad de la buena conducta, se

paga á buen precio el respeto público que es su gloria; y queda como los que le merecen sin su mortificación por ello.

ENTERADO.

Bien lo recuerda: llegó como una mercadería, consignado á un comerciante, desde cuyos almacenes, en los cuales se empujaban bultos en todas direcciones, rodó largos tiempos, hasta detenerse una vez, para siempre, en la áurea cumbre donde está.

Pero, antes de esa paz y esa quietud, ¡cuántos tropezones y tumbos!, ¡cuántas veces maltratado por los prejuicios!, ¡cuántas disgustantes opiniones oídas!

¿Por qué será, como él dice, que tantas personas, por la rusticidad del envase atribuyen ordinariez al contenido? ¡Y cuánta gente que no calla lo que piensa sin necesidad ni beneficio!

¡Cómo sabe él que si la discreción fuera vulgar, habría mucha más felicidad en la vida de algunos hombres!

Por eso llama absurdo de vanidad al clásico "conócete á ti mismo": "¿para qué, agrega, si ignorarse puede ser casi toda la dicha de una vida?"

"Yo no sabía quién era, continúa, no me inquietaba conocerlo, y no tenía con qué averi-

guarlo; pero, vivía satisfecho de mí, y con la complacencia de que invariablemente advertía la mayor perfección en todos mis actos.''

''¿Precisaba algo más?; ¿tiene otra necesidad la dicha de cada uno? No habría quien lo demostrara, y sin embargo en cierto tiempo empecé á percibir que tanto yo como mis acciones éramos objeto de la consideración ajena, que se juzgaba mi persona y mi conducta, y la necedad que hay en el fondo de cada alma humana, me despertó la curiosidad de ese misterio, y atendí el juicio extraño hasta averiguar toda su sinceridad.''

''Es desde entonces, que sé que el infortunio de cada uno viene de afuera, porque lo hacen otros que el que lo padece: estamos en un mundo de aritméticos, donde á nadie dejan desconocerse, porque sin que le pida le dicen á cualquiera cuánto es todo lo que suma.''

''Por eso sé quién soy, y sé que eso es el peor conocimiento que se puede adquirir.''

Y tal como lo afirma lo confirma, pues, desde que empezó á conocer lo que significaba para el concepto ajeno, y á preocuparse de lo que de él se pensaba, padeció la sugestión del ambiente, y no le alcanzaron los oídos para oir en todas las frases alusiones, en todas las palabras ironías y en todas las sonrisas sornas; y desde esa mala vez, fué para él, en cualquier sitio y á cualquier

hora, todo lo circunstante, cosas y personas, algo así como una inmensa agencia de datos á su respecto, dónde todo parece decirle: pregunte y se le informará.

Por lo cual desde que supo completamente, cómo se le comprendía, entendió que era inferior y se siente infortunado.

EL COLABORADOR

Es el eterno visitante generoso de todas las redacciones; no precisa del estímulo de la remuneración para producir, porque él siente algo en la cabeza que necesita salir, como dice, y lo lleva errante de diario en diario, con la oferta cotidiana de sus carillas nítidas, llenas con una letra clara, cuidadosamente alineada, y respetuosa del margen como de una buena costumbre.

"Buenas noches, aquí traigo algo, por si falta original: no me opondría á que lo corrigieran, porque lo he escrito al descuido, y sólo vale por las ideas que, eso sí, me parecen trascendentales."

"Si no hay espacio en la página principal, donde, modestia aparte, á pesar de ser improvisado, el trabajo merece ir, también admitiría que apareciera en otra, pues he puesto mucho de mí en eso, y creo que va á llamar la atención del lector dondequiera que esté".

Como se comprende, después de ese *introito* no es posible dejar de preguntarle de qué trata su lucubración, y es necesario oirle la lectura de ella, lo que infaliblemente realiza sintiéndose presa de extraordinaria agitación nerviosa y con la voz de las más profundas emociones.

Y como á medida que avanza la lectura, va surtiendo su efecto lo de la trascendencia anunciada en las ideas, gradualmente siéntese cundir el asombro entre los circunstantes, y á medida que aumenta se le ve exteriorizarse en los rostros, algunos de los cuales se congestionan por la continencia de las impresiones, en tanto que en otros ríe la indiscreción.

Entonces, cuando concluída la lectura, el autor pasea la mirada interrogativa en torno de su silencioso auditorio, se experimenta la angustia de una incomodidad creciente, pues parece que ha sonado la hora de expresar la opinión, y siéntese que el ambiente se hace irrespirable... hasta que interviene, oportuna como nunca, y bienhechora como una providencia, la autoridad del secretario de la redacción, lamentando que la falta de espacio impida publicar aquello en ese número, pues indudablemente es una obra extraordinaria, y anuncia su publicación para el siguiente día.

Y al siguiente día, por una de esas infortunadas casualidades que no es dado evitar á los más buenos deseos, se pierde, infaliblemente, el original.

UN RESISTENTE.

No aspira á la gloria, ideal de vanos, para su irreductible criterio, que como una crónica afección cerebral, le inclina á la simpatía y la justificación de lo que procura utilidades tangibles; pero no desprecia en la vida, más que á los que llama inferiores porque no ambicionan sus éxitos.

Cuentan que se quedó sin escrúpulos, una vez que leyó en alguna parte, que la sociedad contemporánea había perdido la conciencia, y desde entonces decidió ser comerciante con los que no advierten eso, y se dedicó á la política.

De cosas menos útiles se hace, muchas veces, una costumbre, y él se habituó á vivir aliviado de inquietudes, y quiso que se le aceptara eso como adaptación al medio ambiente: no lo ha logrado todavía, pero prosperó, se quedó satisfecho, y persevera.

Ahora, después de haber servido para un régimen, hasta merecer todas las recompensas que recibieran sus aptitudes, comprende que el país llega, en su evolución, á una época en que puede hacerse difícil la supervivencia política de él y

de cuantos se le parecen; entiende que acaso le sea útil procurar la conservación de aquello que le dejara primar á él y otros que son tanto; se llama conservador, y figura entre los que resisten á la reacción por la efectividad institucional que se desea realizar para satisfacción del anhelo público.

Pero: ¿este sujeto está en contra ó á favor de la oposición nacional á su régimen? La verdad es que le tiene invencible aversión, pues la teme porque no confía en su derecho para conservarse donde está; pero, ha tenido sus "muy bien", y sus aplausos en la forma más sonora, para cada uno de los sostenedores de las dos opuestas tendencias.

El es así: fiel á su programa, aleccionado por la experiencia grata de la conducta adoptada, se le ha desarrollado tanto esa capacidad que se nombra "sentido práctico" y es característica de los que todo lo hacen por el éxito, que como aun no ha logrado ver claro en esta hora difícil, procura dejar, en todos, la suposición de que cuentan con él, para decidirse en último momento por los que triunfen.

UNA EMINENCIA.

Alguien ha contado que en cierto país lejano, existía la costumbre de que cuando alguno incurría en cualquier acto punible, para castigarle en su reputación se hacía pronunciar su elogio por el peor conceptuado en la comunidad.

Este debió nacer allá, porque habiéndose propuesto engrandecer por el elogio, iba siempre, sin que se lo decretaran, á pedirlo á los únicos que se lo podían tributar, y que hubieran sido seguramente elegidos para aplicar la mencionada pena, donde existía la tal costumbre.

Mucho ha trabajado en hacer escribir los méritos que más satisficieran á la concepción de la personalidad que deseaba hacerse atribuir, por los que por valer menos le veían al través de su historia, por él narrada; muchas veces ha explicado, á esos, que todo ha hecho admirable, lo ha visto creído entonces, y propagado después en tanto prosperaban su satisfacción y su fama.

Así, un día despertó reputado, y ante la consideración de todos, también padeció el engaño en que antes hiciera incurrir á los otros, y les acompañó la opinión y creyó en él.

Entonces empezó la vida de su significación, se sintió fuerza, volvióse poder, y fué obedecido y admirado: fortuna, honores, distinción, todo lo que place en la vida, conoció; sólo que cuando vióse allá en la cumbre del éxito, perdió lo único que en él valiera, la bondad, y padeció el olvido del origen de todo aquello.

Púdosele oir en adelante compadecer frecuentemente á los que le habían hecho lo que se le suponía, y que no salieran del plano de la sociedad en el que vinieron á la vida como condenados á su ambiente.

Entretanto hace su jornada como los que valen, hasta que un día pase sobre él, como sobre todos, el soplo de la muerte, que no distingue grandezas, y le deje al margen del camino para la estatua que siempre espera á las celebridades.

Y en esa última hora, escribirán artículos, y pronunciarán discursos, personalidades del mundo oficial é intelectual, y concluirá en respeto y veneración lo que empezara en forma que allá, en la tierra lejana que fuera patria de la extraña manera de penar delitos, sería castigo.

MUSEO DE MARAVILLAS [1]

(1) Escrito en 1912 para un número extraordinario de «El Telégrafo Marítimo», el más antiguo de los órganos de la prensa del Plata.

MUSEO DE MARAVILLAS.

Érase un país pequeño, con suelo erial y pocos habitantes, reñidos como la letra y la música de su himno, que por esa curiosa condición parecía—mejor que la bandera—compuesto para ser el más genuino símbolo de aquella nacionalidad.

Buenas gentes, decididas siempre á decir, con cualquier pretexto, que tenían orgullo porque les habían hecho nacer en aquel paraje, le llamaban rico, aunque hasta entonces hubiera sido inútil buscar allí alguna fuente natural de riqueza suficiente para atribuir á ella el motivo de la afirmación, y sólo pudiera ofrecer trabajo, á veces, y casi lo que por él consigue quien lo realiza en cualquier parte.

También le proclamaban el más civilizado de su continente porque hacían funcionar mil escuelas elementales, y una imitación de universidades europeas, así como porque poseía, en algunos edificios inadecuados y de mal gusto arquitectónico, varias asociaciones sin consecuencia, que decididamente llamaban de ciencias, letras y artes... como decían, con sinceridad, que por su estado social constituían una democracia y por su gobierno una república.

Allí, en el último decenio se padeció un flagelo, y en esa época, extraño coleccionista, á quien unos decían iluso y otros llamaban sabio, formó un museo extraordinario, en una apartada gruta, sobre cuya puerta puso "Palacio de la Verdad".

Aunque abierto para la curiosidad de todos, aquel discretorio es inaccesible para el vulgo, porque sólo son aptos para trasponer sus umbrales los que tienen corazón para penetrar en su ambiente, y buena vista para discernir en su penumbra.

Ayer visité aquel templo de culto tan amargo en estos días, y al recorrer sus galerías y ver en los cuadros que cubrían los muros, en las vitrinas y estanterías, llenas de estatuas, cofres, y otros objetos rotulados, que todo estaba interpretado por una inteligencia honrada y libre—según se aprendía en las leyendas que acompañaban á cada pieza —comprendí el sentido oculto de muchas cosas que parecen otras fuera de allí.

Por eso aparecen estas notas escritas al azar, al dictado de las impresiones sucesivas; pero que, tales como son, conservan algo de lo que conocí; y digo algo, porque no es posible retener cuanto enseña la inagotable exposición de la verdad.

Vaga en el antro, como un dios tutelar de la obra de justicia allí contenida, el espíritu custodio del conservador, personificado en un anciano que aparece cuando el viajero evoca la suma ciencia de la edad que enseña á ver más allá de los aspectos y

lee al través de las expresiones: su genio guía y explica á la ignorancia que á cada paso le interroga.

*
* *

Al trasponer la portezuela que daba acceso al interior del local, era lo que primero atraía la atención una columna no más alta que la estatura humana, pero sólida y fuerte como para sostener un mundo, y sobre la cual estaba adherido un cofre metálico tan seguro como si hubiera sido hecho para guardar un tesoro.

Pregunté qué contenía, y mi acompañante respondió: "algo que era objeto de los antiguos cultos de las generaciones creyentes; en estos días, apenas un poco de papel impreso que sólo vale para el patriotismo y la honradez, y ante el cual sonríen todos los personajes de la corrupción, como ante uno de aquellos mitos del paganismo que fueron sagrados para el candor de los primitivos tiempos de fe; su título, que ya casi no quiere decir nada, dice todavía: "Constitución".

*
* *

Cerca de allí, hallábase una urna, en rico y hermoso pedestal que demostraba la gran estima del coleccionista por lo que ella guardaba.

"Fué algo muy respetable, respetado mientras

no cayó en manos de quienes no tenían conciencia de lo que lo hacía inviolable para la virtud''—me dijo el autorizado guía interrogado, y abriendo la urna me enseñó su contenido.

Eran cenizas, y su nombre estaba grabado en la plancha de metal que las cubría como la lápida de una tumba: ''Instituciones''.

***

Sobre una rica mesa de preciosas maderas, pero muy sucia por las libaciones de los que en torno suyo se sentaran, tantas veces, para sacrificar algo sagrado; como si ella fuera el resto de un altar profanado en larga orgía, divisamos una osamenta prolijamente armada en un aparato de hierro.

Nos acercamos para leer su cartel, y allí decía: ''Esqueleto de una quimera muy venerada por los fieles de una antigua iglesia: ''Sufragio Libre''.

***

Junto á un árbol robusto, pero caído y despedazado, se leía: ''Un gran partido'', y á continuación: ''Roído por la polilla de los gobiernos indecentes, concluyó una vez por caer muy bajo, y desde entonces, cualquier atrevido, cepillando sus ramas podridas, ha hecho muñecos á su imagen y semejanza, y encendido las virutas sobrantes, de tiempo en tiempo, para seguir medrando al calor de su fuego''.

*
* *

En un estante, dentro de una caja de cristal, como un feto en alcohol dentro de un frasco, veíase una figura bien vestida, pero con cara de badulaque. Tenía leyenda titulada, y leímos:

"De Cualquiera".

"Ejemplar curioso de ese tipo inconfundible que es el incondicional de todos los gobiernos. A veces posee riquezas, y entonces diríase que se ultraja cediendo á su aptitud predominante. Saluda como amigo á todos los partidarios de una situación, aunque no los conozca, y se distrae al pasar, hasta junto á los de su familia, si son opositores".

"No se destape porque despide mal olor, y descompone".

*
* *

En uno de esos grandes y pesados armarios de metal, que la industria fabrica dotados de la mayor solidez, para guardar caudales, y la especulación comercial anuncia y vende como "seguros contra incendios y ladrones", había un rótulo con gruesos caracteres: "Caja del Tesoro Nacional", y debajo, un pergamino con la siguiente nota en letra clara:

"No la pudieron violentar más que los que llegaron al poder con el apodo de pelagatos, por su

pobreza notoria, administraron el erario haciéndose atribuir honradez, y cuando dejaron el mando de la cosa pública, poseían palacios, campos, haciendas y valores negociables de todas las clases existentes, y adquirían más y se entregaban á la vida fastuosa de los viajes de placer que la opulencia que alcanzaron les permitía''.

*
* *

Como, de pronto, advirtiera, casi oculta en un disimulado cauce, una silenciosa corriente de agua turbia que iba á concluir entre arena que la absorbía como una esponja, pedí á mi sabio guía la explicación de aquello, y accedió sonriendo, acaso por su amabilidad habitual, acaso por la candidez de la pregunta:

''Curiosa reproducción, dijo, efectuada por un aficionado paisajista, de cierto lugar que visitan disfrazados de políticos algunos comerciantes: es la playa adonde llega eternamente la ola de los negocios clandestinos.''

*
* *

Sobre un cuadro, continente de innumerables palabras inscriptas en pergamino, leíase: ''Vocablos Utilizados por la Delincuencia Política''.

Podíase distinguir con claridad, patria, instituciones, verdad, justicia, decencia, leyes, derechos,

partidos, principios, moral, pero como continuaban, difícilmente inteligibles, en varias columnas, pregunté qué eran los demás nombres.

"Igual que los más claros, se me dijo: palabras prestigiosas frecuentemente invocadas para encubrir infamias; símbolos respetados por la honestidad, pero constantemente á merced de cualquier apto para traficar con lo que es sagrado".

*
* *

Yacía sobre un pilar de piedra, una antorcha que aún conservaba las cenizas del último fuego que alimentara, y por ser ella uno de los objetos recientemente conseguidos—y por eso sin el acompañamiento de su interpretación—solicité que me instruyera el guía, que dijo:

"Esta fué en el país, la tea de las pasiones políticas, que cierta vez cayó en manos de uno que simulando candor decía, mientras la sacudía con todas sus fuerzas, que la agitaba para apagarla, sabiendo que era así como ardería más".

*
* *

Rato hacía que fuera tornándose angustiosa la visita, y colmada la impresión por las últimas visiones, resolví dejar aquel museo de una época cuyo calificativo parecióme oir cuando, al trasponer la puerta, pedí todavía el nombre de un hierbajo es-

pinoso y mal oliente que sobre ella surgía como la mancha de todo aquello para la historia.

"Es un veneno, se me dijo, pero es lo que más prospera, y se llama "subversión".

EN EL PAÍS DE AQUELLOS [1]

(1) Publicado por el autor en «La Razón» cuando fué director y redactor de ese diario, el año 1906.

EN EL PAIS DE AQUELLOS.

I

LA VEZ DE LAS ELECCIONES LIBRES

Tras una serena noche de verano, de esas que suelen preceder á los días más bochornosos, allá en las despobladas tierras de una árida playuela del Atlántico, semiescondida en el último recoveco del mundo, iba á lucir el día señalado á sus habitantes por los vencedores en la última guerra entre ellos, hasta entonces, para ser el primero de su ejercicio libre del sufragio que siempre acordaban las leyes y nunca permitía el que mandaba.

Y amaneció aquel día de aquel mes y de aquel año.

Día de luz fuerte, con pocas nubes y mucho viento: varios patriotas de allá vieron en eso el concurso de la naturaleza para que el pabellón, á dos tintas, que les dieron, permaneciera orgullosamente desplegado para ejemplo del mundo durante el acto simbólico de la formidable soberanía de gentes que, ventiladas por el pampero y remediadas con el mate, viven mal y mueren pronto, dejando, siempre en los que quedan, pocos, pobres y muy reñidos.

Y aunque para aquella fecha, otros sujetos, algunos preocupados con melena y aspecto de avidez, habían anunciado á la ingenuidad sorprendida del espíritu aldeano de los regionales, desórdenes atmosféricos y trastornos seísmicos: como aquel día era de verano, y los políticos—que allí saben más que los sabios—le habían destinado á elecciones... no hubo más que elecciones y bochorno.

***

Parece que en la suficiente patria de todos aquellos, no han faltado, hasta ahora, cada vez que se ha necesitado armar una maquinaria política para el gobierno de cualquiera, leyes de registro cívico y de elecciones: y porque la adoptada la vez de esta ocurrencia, para invocarla como vigente, dispusiese que el día en que se efectuara aquel acto, se reunirían los receptores de votos de cada distrito en sus respectivos locales, y á la hora designada: mucho antes de ésta, apenas anunciado el día, veíase la ciudad capital cruzada en todas direcciones por aquellos diligentes caballeros del sufragio.

Diverso el aspecto, descuidada la uniformidad de los grupos, iban hacia los cafés inmediatos á cada local destinado para teatro de funciones cívicas en aquel día, con el propósito de atender suficientemente el primer deber de su mejor moral: la conservación del individuo; pero como en esos parajes

de reunión y espiritualización pública, aumentada la temperatura no atmosférica, nada contiene las expansiones comunicativas, y se piensa y se habla, se opina y se dice, el diálogo se hace ardiente y la palabra tiene voz fuerte, estallan las confidencias y se incurre en la indiscreción: al rato de llegar y distribuirse allí, esa solemne mañana, aquellas corporaciones madrugadoras, revelábanse á cada rato, portentosos augures que apostaban á que conocían los secretos de la conciencia pública, y anunciaban picarescamente el advenimiento de muy grandes hombres, faltos tan solo de personalidad política, científica, literaria ó social, para explicar hasta hacer comprender su triunfo sobre cuantos disfrutaban de prestigios notorios, ó de la autoridad de los méritos demostrados.

Así llegaban por primera vez hasta los parroquianos que no eran políticos, por hábitos de labor, ú otro preservativo—pues la humanidad, á cualquier hora, está repartida como es, en todas partes—nombres nuevos para muchos oídos, vociferados por el oráculo de cada mesa, y cuyas terminaciones repetía, como los chasquidos de un látigo sobre aquel pueblo, el eco de todos los ámbitos del recinto...

***

Junto á la mesa que se diría colocada estratégicamente por el espíritu belicoso de los naturales,

en el patio de un colegio donde parece un parapeto destinado á presentar resistencia al adversario, he ahí, erguidos sobre sus mayores extremidades, á los miembros de una de tantas comisiones receptoras de votos populares, que se va á instalar para desempeñar sin entreactos, la más bella función cívica á que, cada tres años, puede asistirse hasta durante diez horas, en los pueblos libres como aquél.

Son cinco de los diez que como se anunciaba antes de la fecha señalada para ello, resultaron electos por voto incompleto, en la Junta Electoral, cuyo augusto templo tiene infaliblemente siete ecos acordes para lanzar á todos los ámbitos de la nación los nombres de los triunfadores, dictados á sus conciencias por el Dios tutelar de aquel régimen así democrático.

"Una chispa produce un incendio si la soplas, pero se apaga si escupes sobre ella", reza el Eclesiástico, y apenas una rápida pregunta ingenuamente formulada por el sujeto de un extremo de aquella fila de héroes, al decir con aire misterioso á su vecino: ¿á quién tenemos que elegir presidente de este grupo? colmó de indignación al interpelado —que en aquel trance le había cabido en suerte pertenecer á una de esas absurdas minorías destinadas siempre á exponer buenas razones, y á ser infaliblemente derrotadas tantas veces como las exponen,—el cual afirmó que debiendo designarse allí por votación libre al que iba á presidirles, no

estaban para cumplir órdenes, y estas palabras tan sinceras como respetables, obtuvieron la réplica á que fatalmente estaban destinadas por parte del primer interlocutor, quien nerviosamente hizo constar en tono áspero, que como él, en cambio, pertenecía al terceto que hacía la mayoría en aquella mesa, tenía deberes sagrados, de cuyo cumplimiento no le era dado apartarse en su conducta gloriosa de aquel día, y que sólo creyéndole, equivocadamente, compinche, le había consultado.

Pero, después de esta escaramuza preliminar, deslindadas las antagónicas posiciones de los cinco circunstantes, y establecida la necesaria inteligencia entre los tres elementos de la mayoría, con facilidad insuperable se nombró presidente y secretario de aquella comisión, que de inmediato se hizo cargo de la urna del Registro Cívico correspondiente á su distrito: todo como lo dispone el artículo necesario de la ley de elecciones que se estaba cumpliendo allí de esa manera.

***

Entonces, solemne como puede y le parece bastante, alambrino y con lentes, se pone de pie el agraciado con toda la majestad de aquella presidencia; con nerviosa agilidad recoge las mangas de la levita en que hubiera dicho algún indiscreto que estaba como una flauta en funda, y tomando con

limpieza entre sus flacos dedos la urna del sufragio popular, la enseña á los presentes, sus compañeros de mesa, y les dice con esa locuacidad tan abundante en la oratoria ferial: "Extraordinariamente numeroso y cada vez más respetable público:

"He aquí el mueblecillo de marras; vacío como la mayoría de nuestros bolsillos; limpio como para recibir la más pura ofrenda de la conciencia cívica; hondo como para guardar todo el papel que contenga la voluntad escrita de las multitudes de este distrito.

"He dicho vacío, limpio y hondo, y como manda la ley, previsora hasta contra nosotros, que, así, se le cierre con dos llaves, lo hago con ellas, á la vista de la muchedumbre, y guardo una, dando otra á mi secretario como está dispuesto por la legislación inviolable y soberana de estas funciones honrosas".

Y terminada la alocución inicial de las tareas políticas de aquella jornada, ocupó con la evidente satisfacción del que emprende una obra para la cual sabe que sirve, la silla central que le estaba reservada entre las que había en torno de aquella mesa revestida como un altar de sacrificio.

Entonces—inevitables riesgos á que están expuestos los cometidos oficiales doquiera impere el régimen de las democracias indiscutibles — hubo un transeunte, un cualquiera de esos que parecen durar demasiado, para ejercer la crítica que sólo es posible á la experiencia del que ha vivido, hecho y

visto mucho, que dijo riendo, y como dice el que sabe por qué ríe:—Hace muchos años, que en un día como éste, yo vi á un sujeto parecido, en una plaza, sobre un carruaje, arremangada la levita, llamando respetable público á diez granujas, y enseñando un chisme entre sus manos, en tanto que decía: "Señores: esto es como la prueba del titirivé, quien más mira menos ve".

*
* *

Hasta las cinco de la tarde sucedió aquella vez la llegada solemne de los depositantes de papelillos que contenían la sagrada decisión de aquel pueblo de poca vida y mucha historia, respecto de sus futuros legisladores, y durante todo el transcurso de esas horas de labor política, pudo asistirse al conmovedor espectáculo, genuinamente democrático, de gentes esclavas de sus deberes cívicos, que, entre misteriosas gesticulaciones de inteligencia, señales distintivas, y no disimulada obediencia á cada director de las diversas fracciones de aquellas huestes, llevaban, con visible tranquilidad, hasta la urna de las libertades políticas, el dictado exclusivo de sus conciencias, entregaban allí el símbolo de su majestad inalienable, y se retiraban, modestos como siempre, pero satisfechos después de su hazaña.

¡Qué hermoso! Como afirmaba un joven convencido de que después del acto electoral sería mejo-

rado en su carrera por un ascenso, "se hubiera dicho que allí todos los votantes triunfaban", lo cual si como es sabido no puede suceder donde se lucha, en cualquier forma, estaba motivado, sin embargo, por la confianza que irradiaban todos los rostros; por la uniformidad de la complacencia que inundaba todos los semblantes; por la inteligencia que parecía presidir todo aquello; y por la convicción del éxito que se podía leer en el aspecto de todos, y que, se hubiera afirmado, dimanaba de que allí no había más que un bando, que sólo una fracción sufragaba, que todos los votantes eran de una misma comunidad.

¡Estupenda evidencia del libre juego de las instituciones republicanas, que parecía estar gritando al espectador indiferente: "estas cosas cuando se hacen bien son irremediables".

Claro que allí como en cualquier parte, y acaso más que en muchas otras, en adelante podría decir la prensa de oposición—que, como es sabido, no está libre siempre de ser instrumento de semejantes injusticias—que todo aquello apenas era solamente la perpetración del fraude electoral conocido desde tiempos viejos por aquellas regiones; pero para los espíritus ecuánimes, y para el observador de conciencia, que examinara aquello sin pasiones, y sencillamente dispuesto á averiguar la verdad, para ese, indudablemente allí estaba votando un pueblo, cuyos sujetos mostraban á todas luces que sabían á

dónde, por qué y para qué iban; sujetos que se estaban dando la representación que querían, y acaso la que merecían, en uno de los poderes del país, y haciéndolo en la forma prescripta por la ley vigente para el más completo ejercicio del albedrío de cualquiera.

Indudablemente allí cada uno sabía por quiénes tenía que votar, y lo hacía: ¿no es eso, acaso, la esencia de toda democracia?

Por eso hemos dicho que lo que sucedía allí eran elecciones libres, y si alguna vez hubiere menester de demostrarlo cualquiera de los favorecidos por el prestigio en aquella ocasión, para afianzar su persona en la banca del parlamento integrado de esa manera, ya se verá cuán fácilmente confirma el tal nuestro aserto, contribuyendo con los alegatos y testimonios necesarios á la sanción del hecho que algún día dará todo el brillo de su gloria á alguna página de los anales de aquella patria.

Ya se verá cómo, aquello que á primera vista tenía que sorprender á cualquiera, y que poco á poco concluirá por no sorprender á nadie allí, fué alguna reacción debida á mandatarios ejemplares y pueblos regenerados, contra sabe Dios qué gandules faltos de principios y sobrados fines que, probablemente, sabrá el Diablo lo que habrán hecho en otros días por aquellos lugares.

*
* *

Cumplieron, como buenos, en torno de una mesa, allá en la brecha democrática, y vuelven del lugar de la acción cívica como el Estado Mayor de un ejército después de una batalla.

La noche que se acerca, obscurece gradualmente la tarde, y ellos van para otra mesa: aquella del café donde se habían congregado en la mañana de aquel día memorable en los fastos de la democracia, para el previo fortalecimiento espiritual que en tales y en parecidos trances impone la previsión, ó la costumbre, á los agentes expertos en bregas electorales.

Grande es otra vez la animación en el local de los comentarios antecedentes y posteriores al acontecimiento del sufragio de aquel pueblo: ahora el número de concurrentes es mayor que al empezar el día, y en la claridad de la luz eléctrica irradiada desde los arcos voltaicos pendientes sobre la concurrencia como otras tantas linternas destinadas á revelar los detalles de lo que pasa ante sus focos, aparecen las figuras alegres de varios proclamados triunfantes apenas terminara aquel ejercicio de la más adelantada estrategia comicial.

Y de nuevo, la palabra toma voz fuerte, estallan las confidencias, se incurre en la indiscreción; en el cambio de impresiones nadie advierte que le escu-

chan; el nuevo diputado declara la alegría que le causa la confirmación de la promesa que de su triunfo le hiciera quien puede hacerlas al respecto; varios miembros de las comisiones dignas de aquel día, no pueden contener la impaciencia que los domina por oir confirmar á los nuevos representantes de la soberanía demostrada como queda explicado, por el pueblo, con el cual no se juega, á ese respecto; y vuelan y chocan en el espacio, frases que recuerdan pactos, expresiones referentes á convenios anteriores, y que dicen entre el desorden, que con ser mucho no logra quitarles el sentido, más, bastante más, que cuanto alcanzara para llenar un libro, acerca de la índole propia, y significación característica del acto que terminaba así, en nombre de los habitantes de la nación aquella.

Cuando el cansancio por los comentarios y la ratificación de lo estipulado en otras partes, entre aquellos sujetos próximos á ver cumplidas sus aspiraciones, hubo desalojado casi el total de la concurrencia: dos favorecidos por la justicia de aquellas elecciones, mediante la recompensa de sus merecimientos de toda especie, con dos bancas iguales que las demás en la Cámara de Diputados, decíanse mutuamente, y siempre con el más perfecto acuerdo de sus opiniones, todo cuanto se les ocurría preguntar de lo que ignoraban, ó establecer como sentencia de lo que creían su ciencia y su experiencia.

Y aquel diálogo que, aún siendo como era—en

aquel paraje, en aquella hora, y entre hombres nuevos—contenía más de una lección, terminaba al rato, dejando una elocuente enseñanza como final de todos los acontecimientos políticos de aquel día, en las que fueron sus últimas frases:

—Yo te repito que esto ha sido, es, y será siempre, como yo lo había supuesto; conseguidas por el Gobierno las Juntas Electorales, después tiene como quiere todo: comisiones de inscripción, comisiones receptoras, y hasta á nosotros, que también vamos á distribuirnos en comisiones de la Cámara, para trabajar, al fin y al cabo, no por nuestra cuenta sino... apenas en comisión.

—Sí, al fin tuvimos buenas elecciones en mi concepto, y ahora: después de una vez, siempre.

II

LA SESIÓN INAUGURAL

Es el hispano, viejo cabildo de la plaza, con sencilla arquitectura colonial.

De piedra—que es lo más abundante y sólido en aquel país de canteras, cantos y adoquines—se eleva su maciza mole luciendo sus fachadas llenas de líneas rectas, como una ironía para muchas conductas torcidas que pasaron entre honores bajo sus arcadas.

Está frente al templo donde los que pierden la

esperanza, por aquellas comarcas de este bajo mundo, van á buscar el consuelo divino de las alturas á las cuales elevan con fervor sus preces, y una de cuyas torrezuelas anuncia por un campanario, según un reloj que contiene, y cuenta el tiempo de aquel pueblo, los instantes que se fueron para no volver, como la vida que se va para siempre del organismo, con la sangre derramada gota á gota.

¡Y cuántas veces, en aquella esfera y con aquellas campanas, se anunció la hora inicial de muchas y diversas grandezas de allá, ó se señaló el minuto final de muy diferentes éxitos entre aquellas gentes!

***

Hoy, son radicalmente diversos los destinos reservados á los amplios cuerpos de aquel edificio siempre ocupado por dependencias del gobierno, y es, sin duda, muy compleja la condición de los que dentro de las veinticuatro horas de cada día pasan entre sus paredes, y más ó menos voluntaria y complacidamente, algunos ratos.

Desde los más concienzudos y expertos reformadores de la legislación que allá rige—provisoriamente copiada de todas partes—hasta los más consuetudinarios infractores de ella por impaciencia para esperar sometidos á la continencia, y resignados á no tomarse por su cuenta las libertades todavía no

decretadas: todas las clases y todas las castas, se alojan ó son alojadas—y á veces desalojadas—entre aquellos muros empleados para encerrar de todo.

A la derecha y en lo alto, como cuadra á sus elevadas funciones, los que legislan; á la izquierda y en la planta baja del edificio, los que hacen policía; y en el fondo los que beben, roban, riñen y están sucios.

Nosotros vamos á ir á la derecha porque vamos á ocuparnos de los del piso alto, de aquellos que cuidan de la sociedad hasta salvarla, y guían á los pueblos hasta hacerlos dichosos: haciéndoles leyes; recetándoles conductas para la salud; aplicándoles ciencia de universidad, experiencia de libro, y consejos de redentores.

*
* *

Transcurre la segunda mitad de un día hermoso; van algunos vecinos más que otras veces, por las calles inmediatas al local del Cuerpo Legislativo; en el interior del edificio es mayor que otros días la animación..

Unas gentes extrañas, sin caras conocidas, están alojadas, no se sabe desde cuándo, en el local destinado al pueblo, tan soberano en la puerta donde no puede pasar, como en las gradas donde está sentado protestando contra los que le incomodan por reemplazarle.

Es el día inicial de las tareas de los vencedores la vez de las elecciones libres; los ugieres están conmovidos por la solemnidad de lo que allí va á ocurrir; y el pueblo que como en todos los actos oficiales en que tiene que estar presente, ha llegado tarde, deja caer con curiosidad su mirada sobre cada uno de sus representantes, que van llegando á las antesalas, y detiene en ellos su observación como sobre las cosas difíciles de entender, y que, aún comprendidas, cuesta creer.

Y van pasando los elocuentísimos oradores de mañana; los sociólogos trascendentes, desde ese día; los profundos legisladores del porvenir; todos los que durante tres años van á pronunciar bellísimos y conceptuosos discursos; á plantear y resolver avanzadísimos problemas, sociales, económicos, y religiosos; los que se anuncian con el designio de las más radicales innovaciones, y traen el espíritu de la más completa regeneración.

*
* *

Desde el local reservado para algunos concurrentes á la sala donde tiene lugar aquella asamblea general; desde allá junto al techo, cóncavo como para rechazar hasta las bocas de que partieran, las palabras proferidas en nombre del pueblo que allí debería estar representado; desde aquel palco suspendido en lo alto como la barquilla de un globo

sobre la obscura superficie de la tierra donde mueven al hombre los bajos intereses de la vida; ¡qué curiosa se ofrece á la mirada del espectador la manera cómo sucede el acto solemne de aquel día!

Todo es breve, rápido y sumario allí; por suprimir cuanto no sea indispensable, y abreviar lo necesario, faltan casi todos los miembros de las dos corporaciones llamadas por allá legislativas, y de las cuales no se pudo conseguir aquella vez, para iniciar sus sesiones, más que tres senadores y veinticinco diputados: un extranjero afirmaba, sin reir, que aun esos habían sido disimuladamente llevados hasta allí por el regimiento que debía rendir honores á la asamblea nacional, y cuya acción sería premiada—según costumbre inveterada en el país—con un ascenso otorgado al jefe por los mismos reunidos de esa manera.

*
* *

Empezó la sesión augural de todas las demás, á las cuatro de la tarde, y acaso por la impresión que dominaba á cuantos por la primera vez allí se veían, ninguno de ellos pronunció el primer discurso de la serie de los que más tarde habrían de revelar sus dotes tribunicias, su profunda versación en cualquier materia, su independencia de carácter; de esas series que solicitan, afanosa é inútilmente, los impresores, ávidos de las utilidades que les de-

jaría la edición de esos modelos de la oratoria parlamentaria, y de los tesoros de ciencias políticas, sociales, económicas, y de toda índole, que contienen.

Pero, en cambio, se leyó el mensaje enviado por el Presidente de la República; aquel que hablaba de todas las guerras y todas las paces sucedidas hasta entonces; el que atribuía al enemigo todas las culpas, y establecía la gloria del vencedor; el que afirmaba que la paz sería perdurable y la situación inconmovible.

Esto, aunque tampoco tuvo el poder de hacer expresar ideas contrarias, ó afines con las expuestas en su texto, tuvo, sin embargo, la virtud de arrancar un signo de aprobación á los circunstantes, de hacer irradiar alegría á sus rostros, y de producir el aplauso de sus manos.

Eso fué todo: así el principio de lo que siempre continuaría siendo igual.

*
* *

Al abandonar su sitial, el extranjero, para retirarse, contemplando desde lo alto, todavía, aquel conjunto de cráneos negros diseminados allá en el fondo obscuro del recinto, estrecho y largo como una cueva, movidos igualmente al oir la lectura del mensaje presidencial, decía—con la espontaneidad propia del humorista que se oculta siempre tras de la gravedad

exterior de cada sajón—que encontraba aquello parecido á un cajón de clavos, donde también todas las cabezas tienen un solo objeto.

Y era verdad.

ÍNDICE

ÍNDICE

	Página
DEDICATORIA	5
GENTE EXIMIA	9
Un alma ecuánime	10
El del presentimiento	13
Anticipado	15
Pergamino	17
Un elemento avanzado	19
Incomprendido	21
Un genio	24
Catavientos	26
Liberato	28
Un necesario	31
Un letrado	34
Tácito	36
Un protestante	39
Un sentado	42
El esclavo de su condición	44
Pingüe	46
Bien envuelto	48
Evolutivo	50
Pedestre	52
Un arraigado	55
Bijou	57
Comodín	59
Un autor	62
Confeso y aprovechado	65
Solemne vacío	67

Página

Intranquilo 69
Suficiente 71
El era un sér superior 73
El de la debilidad 75
Idemista 78
Un desatendido 81
Jubiloso 83
Un sabio 85
Distraído 88
Circunloquios 90
Satisfecho 92
Un austero 94
Uno que va á la calle 96
El más fiel 98
Un símbolo 100
Un hábil 102
Incitatus 104
Bienvenido 106
El intérprete 109
Uno que fué intransigente 111
Equis 114
Misterio 116
«Le plus outrancier» 118
Tipo-Tape 120
Trajeado 122
Uno que ha caminado 125
El y su obra 128
Un puritano 131
Enterado 134
El colaborador 137
Un resistente 139
Una eminencia 141

MUSEO DE MARAVILLAS 143

EN EL PAÍS DE AQUELLOS 153

I. La vez de las elecciones libres 155
II. La sesión inaugural 166

EN IMPRESIÓN

"CRÍTICA LITERARIA"

POR

JUAN ANTONIO ZUBILLAGA

Juicios sobre libros de derecho y literatura de diversos autores, y un extenso estudio crítico de todas las obras de don José Enrique Rodó.

EL EDITOR.